



CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Busua, Breinon, Bratón de los Herreros (Manuel), Blasco, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sras. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas-Echevarria, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Hartzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarria y Huarte, Orgáz, Ortiz de Pinedo, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasañón y Lastro, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Señoría Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cemborain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—
 Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs.
 encillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 13 de Julio de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—La Unión Hispano Americana, por Ramón de Sanjuán.—El desarrollo de los instintos, por Manuel Montero y Rapallo.—En la tumba de un Huerfano (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—El poder temporal de los Papas en el siglo XIX, por Nicolás Díaz y Pérez.—Los amigos de Víctor, por Rafael Comenge.—El pueblo árabe, por Manuel Lorenzo y D'Ayot.—Brindis (poesía), por José Alvarez Sierra.—El Archipiélago Filipino, por R. Ortiz y Beneyto.—La gran guerra, por Manuel Montero y Rapallo.—Pepita, por Rafael Comenge.—La inspiración de Dios, (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Medias azules, por Rafael Comenge.—Folk-Lore, por L. Giner Arivau.—Consuelo, (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Inglaterra y las Islas Filipinas (continuación), por A. P. M.—A... (poesía), por R. Ortiz y Beneyto.—Asociación Taquigráfica, por Antonio Guerra y Alarcón.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarria y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Cerrado el Parlamento, llegó la hora de que el Sr. Cánovas del Castillo cumpliera á su legatariamente la palabra empeñada, dejándole salir del Ministerio, lo cual hizo, substituyéndole en Gobernación—previa autorización amplia del Rey—el Sr. Villaverde.

Pareció á todos una provocación tal nombramiento, puesto que dejando aparte la talla que tenga el nuevo ministro y que en realidad no le falta para las dos carteras que podríamos llamar de entrada, el Sr. Villaverde se ha distinguido en estos últimos meses por el exceso de autoridad que en todas ocasiones ha mostrado, ganándose una fama de impopularidad que parecía deber alejarle de departamento ministerial tan señalado como el de la Gobernación.

Hecho esto, la corte ha salido para la Granja y el Sr. Cánovas ha mandado á los periódicos la noticia de que no dejará la capital del reino.

Con esto, sin duda, ha querido referirse á la vigilancia que á los asuntos de orden público presta el Sr. Cánovas y que últimamente ha dado por resultado el hallazgo de un depósito de armas viejas en la calle de las Velas de esta villa y á la sorpresa de una reunión en Zaragoza, en la cual fué hallado y preso el extinguido coronel Sr. Magallón.

Entretanto el cólera va desdichadamente extendiéndose por toda España, y aunque no ha dado hasta ahora los estallidos que diera antes en Aranjuez y en Murcia, no puede negarse que la preocupación es general y han cedido mucho de su acritud las discusiones políticas.

Por regla general se cree que hasta Octubre no se planteará la crisis que con la entrada del Sr. Villaverde en Gobernación no se ha resuelto, sino que se ha aplazado.

Toda la inquietud y todos los temores que se han manifestado estos días en previsión de que la guerra se hiciera inevitable, no reconocen realmente otra causa que los movimientos de tropas rusas reforzando las posiciones fronterizas, que se explican por los movimientos análogos que iniciaron los afganos. Se nota, sí, en una y otra parte una gran desconfianza, temiéndose en ambos campos una sorpresa que les hace estar en continua alarma y desplegar una exquisita vigilancia.

Este perpetuo temor no constituye una situación muy sólida ni á propósito para inspirar gran confianza, pero tampoco puede decirse que presagie, y menos en un breve término, una ruptura de hostilidades.

Respecto á las negociaciones entabladas en Londres, ya dijimos que están interrumpidas por la sola dificultad que el paso de Zulfikar ocasiona. No negamos que una ruptura de relaciones ni aun que la guerra misma pueda

surgir de esta difícil situación; pero también creemos que para ello sería preciso que alguna de las dos potencias interesadas tuviera de ello un gran deseo; y para esto fuera necesario que algo pudiera ir ganando, cosa que no sucede en este caso.

En realidad no hay ninguna grave cuestión que ventilar entre Rusia é Inglaterra, como no sea, por parte de ésta, solamente una de amor propio, quizá imprudentemente planteada por lord Salisbury. El jefe del actual Gabinete ha creído deber aventurar en su discurso programa una ligera bravata por los compromisos que con el emir había contraído Inglaterra, y sabido es que ésta acostumbra sostenerlos; pero esto no obstante, creemos que, como su antecesor, el marqués de Salisbury hallará medios para irse políticamente desligando de aquellos compromisos que, sólo por amor propio, pudieran ser causa de un verdadero conflicto, en el que, después de todo, y como antes hemos dicho, nada iría ganando.

Pocas noticias hay hoy de lo que en el Afghanistan ocurre, y en la prensa inglesa sólo hallamos las siguientes:

Al *The Daily News* le telegrafían de Simla el 17:

«Oficiales ingleses del cuerpo de ingenieros dirigen los trabajos de fortificación, de Herat. Estos no residen en la población, pero de cuando en cuando se dirigen allí desde el campo donde se encuentra la comisión inglesa encargada de la designación fronteriza, que está á unas diez millas de Herat.»

De Majgandak telegrafían á *The Standart* el 14:

«El emir ha hecho publicar en Herat una proclama, en la cual dice que el gobierno de la India le ha concedido la cruz de gran comendador de la Estrella de la India, y que en

virtud de esta dignidad tiene derecho al servicio del ejército indio cuantas veces le sea necesario para la defensa de sus intereses.»

El mismo periódico publica el siguiente telegrama fechado en Teheran el 17.

«Los rusos han pasado el río Hery-Rud, ocupando posiciones situadas próximamente á diez millas de él.

»La epidemia causa grandes estragos entre las tropas rusas que se hallan en Penjeh.»

En la Cámara de los Comunes de Londres M. Bourke, al contestar á M. Ruston, ha dicho que el gobierno hace cuanto le es posible para apresurar la emisión del empréstito egipcio, añadiendo que continúan activamente las negociaciones para conseguirlo.

El corresponsal de la *Agencia Havas* dice que circula en el Cairo el rumor de que el antiguo gobernador de Berber, Hussein-Pachá-Khalifa, recién llegado del Sudan, ha ido efectivamente con una misión del Mahdi. Esta es la de solicitar del jedive que autorice el tráfico de esclavos, que nombre al Mahdí sultan del Sudan, arroje de Egipto á los ingleses. El Mahdí acusa al jedive de no ser buen musulmán.

The Times dice que el gobierno ruso ha manifestado no tiene nada que oponer á la inmediata emisión del empréstito egipcio.

The Standard cree que la misión especial que lleva á Egipto sir Henry Dummond Wolff no tiene un objeto exclusivamente financiero. Según este periódico, sir H. D. Wolff, deberá informar al gobierno acerca de todas las cuestiones de política general que afectan más ó menos directamente la actual situación de los asuntos administrativos de Egipto.

Ultimamente ha llegado la noticia de la muerte del Mahdi, pero necesita confirmación: esta y otras noticias que del Sudán se reciben necesitan confirmación.

CARLOS MALAGARRIGA.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico.

Llegó Cortés á las puertas de Cholula, donde fueron recibidos por el pueblo con aclamaciones al parecer llenas de entusiasmo, pero que en la realidad escondía el artificio de la hipocresía; los sacerdotes y los altos dignatarios, llenos de respeto, hacían multitud de reverencias, é igualmente que en Tlascalala y Tabasco, con unos braserillos les arrojaban el humo impregnado en ricas esencias; la capital era hermosa y espaciosa, sus terrenos fértiles y abundantes, y sobre las grandiosas casas asomaban otras más altas que eran los templos de sus dioses; esta ciudad se llamaba *la ciudad santa*, porque encerraba una infinidad de adoratorios.

Fueron alojados en varios edificios contiguos unos de los otros, y los tlascaltecas tuvieron que acampar fuera de la ciudad, á causa de que los de Cholula decían que eran sus enemigos, y por tanto no podían penetrar en la ciudad armados; mas Cortés, á pesar de las muestras de deferencia y amistad, no creyó muy conveniente el entregarse á aquellas gentes con la fe de un alma cristiana é hizo muy bien, porque Motezuma, que había enviado á sus embajadores á Cortés en la República de Tlascalala, diciéndole que estaba dispuesto á dejarse visitar, procuraba por todos los medios que le eran posibles exterminar á nuestros héroes, así es que sus enviados celebraban conferencias privadas con los caciques y sacerdotes de la población, y bien pronto dejóse notar la carencia de abastecimientos para las tropas; pero el cielo, que acude siempre allí donde existe un corazón cristiano que sufre las consecuencias de una conquista para extender el poderío de la verdadera religión de Cristo, manifestó por la intervención de una vieja los deseos de aquellos salvajes.

Marina, joven de una hermosura nada común y llena de bellas cualidades, se captó las simpatías de una vieja india que procuró desviar á la joven del poder ó esclavitud de Cortés; Marina se hizo la quejosa y protestaba con lágrimas en los ojos de la tiranía de su señor; entonces la anciana la dijo lo que preparaban sus compatriotas; acudió Marina á Cortés para avisarle, al mismo tiempo que un tlascalteca disfrazado expuso á Cortés que veinte mil hombres, súbditos del emperador Motezuma, se acercaban y que los indios de Cholula sacaban ocultamente sus mujeres é hijos con todas sus ropas y alhajas á las ciudades de los contornos.

Mandó llamar el capitán á los embajadores de Mote-

zuma y les dijo que no comprendía cómo aquella gente, tomando el nombre de su rey, se atrevían á hacer la guerra á los huéspedes de su señor, escusáronse de no saber lo que se tramaba, y quedaron presos de orden de Hernán Cortés; llamó luego al gobernador para que, teniendo que marchar, le hiciera entrega de dos mil hombres, como lo habían hecho los otros pueblos.

Al día siguiente, presentáronse los indios pedidos, los colocó el eminente español en un patio, los dividió en grupos con el objeto de que no pudieran atacar por la retaguardia; una vez colocados, Doña Marina, en alta voz, expuso que estaba descubierta su traición y que serían castigados según las ordenanzas de su rey; todos procuraron salir de aquel recinto de la mejor manera posible, tirándose unos por las tapias, otros por las ventanas y los restantes murieron atacando para abrirse paso; libres ya de ellos empezó el movimiento de los tlascaltecas y zempoales; estos fueron delante descubriendo las zanja construídas por los enemigos para inutilizar á la caballería; los naturales salían al encuentro, haciéndoles descargas, pero siendo derrotados volvían á refugiarse en algún templo contiguo, estos estaban completamente llenos por aquellos que huyendo del peligro iban á rogar á sus dioses por la victoria, y otros á defender lo que para todos es el punto más alto y sagrado: la religión; llegó Cortés frente al principal templo, que estaba completamente ocupado por soldados mejicanos encargados de su defensa; se les amonestó para que cedieran de buen grado, y siendo inútil, el cañón fué el encargado de abrirse paso al través de aquella muralla formidable; unos caían heridos por el proyectil, dejando un lugar vacante; pero pronto otro valeroso soldado venía á cubrir con su cuerpo el hueco que otro dejaba; es este un rasgo heroico en aquellas valerosas gentes, puesto que solo uno se entregó al enemigo.

Pacificado al fin, puesto que se retiraron á las poblaciones, y encontrándose Cortés sin enemigos, puso en libertad á los prisioneros, mandando pregonar la paz; y en breve rato, aquel campo de desolación, vino á ser el templo de la paz y de la concordia.

Xicotencal, sabedor de la traición de sus vecinos, acudió presuroso con veinte mil hombres á prestar apoyo á sus aliados los españoles; pero Cortés les rogó que se retirasen, á causa de que no eran ya necesarios.

Procuró luego Cortés hacer amigas las dos naciones, lo cual logró gracias al imperio y respetuosa veneración que se jactó por su carácter bondadoso y varonil; dígasenos ahora que el héroe de Nueva España cometió más crímenes que hazañas y más arbitrariedades que actos de valor; la prueba más convicente es la alianza que existió siempre entre los españoles y los naturales de aquella parte del mundo, y si sangrientas coaliciones hubo como la de Cholula y la de Tabasco, fué á causa de que el indio miró en un principio como ser dominador y tirano y luego como amigo y amante de su bien; he aquí, pues, cuál fué el hecho de aquellas transformaciones de los naturales de Nueva España.

Preparábase Cortés ya á la marcha, cuando recibió nuevos embajadores de Motezuma, y en su nombre dieron las gracias á Cortés por haber apagado la insubordinación; marcharon de Cholula después de quince días de estancia, é hicieron posada en Guajocingo, adonde acudieron todos los caciques comarcanos á ponerse á sus órdenes, quejosos de la tiranía de su emperador, y admiradores de la bondad y poder de nuestros soldados; al continuar la jornada, uno de aquellos caciques expuso á Hernán Cortés el peligro que iba á correr, á causa de que Motezuma había segado un camino lleno de engaños, y en el cual se escondieron numerosas fuerzas de su imperio; pusieron en camino, y en breve vió el capitán las marcadas señas que le dió el indio; en efecto, dos caminos se presentaban ante su vista: uno llano y otro dificultoso. Cortés, sin inmutarse, preguntó á los enviados de Motezuma cómo se hallaban aquellos caminos en tal situación, y estos respondieronle que el llano lo había puesto en aquel estado de orden de su rey para que pasase su ejército Cortés mandó marchar por el otro, pues, según él, el soldado español va á donde hay dificultad, nunca donde no existe; de esta manera no se mostraba receloso y evitaba el peligro.

Enterado Motezuma por sus correos y enviados del poderío que ejercían los españoles sobre sus súbditos, y viendo que marchaba Cortés con su gente hacia su capital, todo presuroso corría las plazas y las calles, visitaba los templos de aquellos dioses hijos de la ignorancia y de no haber llegado en aquel continente la doctrina del Redentor, el primer apóstol de El era Hernán Cortés, que á más de llevar la misión de civilizar aquella parte del globo, cuyos terrenos vírgenes daban á entender que no ya en su rica superficie, sino en sus entrañas ocultaba los preciosos metales, que gracias á ellos, pudo la España de Carlos V, y Felipe II sostener las empeñadas guerras que sostuvieron con la Francia Flandes, Alemania, Italia é Inglaterra, manteniendo aquellos formidables elementos de campaña que presentó España á la Europa. Oraba fervorosamente ante sus ídolos, buscaba en su despóticamente medio para alejar el peligro, y tan sólo al principio se le ocurrió el verter más sangre humana en las gradas de sus divinidades;

sacrificar á sus ciudadanos, salpicar de rojo las vestiduras de sus agoreros, llevando con estos nuevos crímenes, nuevos remordimientos á su espíritu; aquel gran tirano de Méjico busca la manera de no dejarse ver, y el cielo le dió por consuelo la noticia que los españoles se habían salvado de la nueva traición que le tenía preparada, entonces fué mayor su desesperación, mandó llamar á sus sacerdotes, y bajo la pena de la vida que alejasen con sus encantamientos á los que del Oriente iban á desprestigiar su arbitrariedad, á demoler aquel edificio por él fabricado de la divinidad real, á hacer justicia á los hombres de América, á enseñarles el derecho de todo individuo á llevarles la libertad, ¡así! la libertad, palabra dulce y sonora, nota melodiosa perdida hoy en nuestra patria, pero que constantemente suena armoniosamente en la culta América de hoy; ¡qué felicidad para España, y qué vergüenza! Ayer enseñando la libertad, el derecho por un héroe; hoy ellos con el lenguaje del ejemplo nos dicen que han aprovechado nuestras lecciones, pero que nosotros las hemos olvidado.

Los agoreros de Motezuma salieron al camino por donde debían llegar las tropas de Cortés haciendo gran número de movimientos y muecas dando al viento los gritos como queriendo ahuyentar con todas aquellas rarezas al valiente español, al mismo tiempo que llamaba á sus infernales dioses; pero en vista de que éstos no acudieron inventaron una estratagemas digna de aquellos bárbaros; se presentaron á Motezuma manifestándole que á causa de sus tiranías, los dioses de la Nueva España les abandonaba.

RAMÓN DE SANJUAN.

(Se continuará.)

EL DESARROLLO DE LOS INSTINTOS

De una obra de Darwin traducimos y arreglamos en extracto los siguientes párrafos, que creemos interesarán á los lectores:

En lo que sigue no se sienta ninguna premisa sobre el origen de las facultades mentales primarias ni las de la misma vida, debiendo sólo preocuparnos las diversidades que presentan el instinto, y las otras manifestaciones mentales de los animales de una misma clase.

No daremos tampoco definición del instinto, siendo fácil demostrar que se comprende ordinariamente bajo tal denominación varios actos intelectuales distintos.

Un acto que exige para su ejecución cierta práctica se llama ordinariamente instintivo cuando se ejecuta por un animal, sobre todo si éste es joven y sin experiencia, ó por muchos individuos y de un modo idéntico, sin que sepan con qué objeto lo practican. Pero ninguno de estos caracteres del instinto es universal, y según la expresión de Pedro Huber, se puede demostrar frecuentemente, aun entre los seres poco elevados, la intervención de una corta dosis de juicio ó razón.

Federico Cuvier y muchos antiguos metafísicos han comparado el instinto al hábito; comparación que, en nuestra opinión, da una noción exacta del estado mental que preside á la ejecución de un acto instintivo, pero no necesariamente de su origen. ¿Cuántas veces ejecutamos actos habituales de un modo inconsciente, y aun frecuentemente contrariando nuestra voluntad consciente? Los hábitos se asocian fácilmente á otros, así como á ciertos momentos y á ciertos estados del cuerpo; pero una vez adquiridos, se conservan frecuentemente durante toda la vida.

Aún podrían señalarse otras semejanzas entre los hábitos y el instinto. Lo mismo que cuando se repite una canción conocida, así en el instinto una acción sigue á otra como por una especie de ritmo; y así, cuando se sufre una interrupción en el canto ó en un recitado que se hace de memoria, ordinariamente hay que volver atrás para recuperar el hilo del pensamiento habitual.

Si suponemos que un acto habitual llega á ser hereditario—lo que frecuentemente ocurre,—la semejanza de lo que era primitivamente el hábito con el instinto es tal, que no se podría distinguir el uno del otro. Si Mozart, en vez de tocar el piano á la edad de tres años con muy poca práctica, nubiese tocado un aire sin práctica alguna, se habría podido decir realmente que lo hacía por instinto. Pero sería un error creer que la mayor parte de los instintos

EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS EN EL SIGLO XIX

CAPÍTULO SEGUNDO

Aspiración de la Iglesia desde Bonifacio VIII.—Opiniones sobre la autenticidad de los escritos de Pedro.—Contradicciones entre los primeros obispos sobre la supremacía de Roma.—Las donaciones de Pepino el Breve y de Carlo-Magno.—Trabajos de los Papas por engrandecer su poder en lo temporal.

I

Las constantes aspiraciones de la Iglesia, desde que por Felipe IV el *Hermoso* se vió Bonifacio VIII amenazado á perder el dominio temporal de sus Estados, tiende á declarar cuestión dogmática este poder que se pretendió por algunos someter de una manera más ó menos directa al Concilio Ecuménico, y que como la infalibilidad de los Papas es posible que hubiese sido aprobado.

Se quiere sostener para ello que el poder temporal viene desde los primeros Papas, y que el mismo Pedro indicó á los que debieran sucederle en la Iglesia la necesidad de crearlo, para así robustecer más la autoridad de la Iglesia y dar al sucesor de Pedro (como por antonomasia se llaman los Papas), lo que en realidad, y al decir de los neo-católicos, les pertenece como reyes de la tierra y del cielo.

Esta ridícula pretensión, si bien no pasa de ser gratuita, encierra, no obstante, tal importancia é interés que viene á ser como la piedra fundamental en que el papado edifica su poder y funda sus eternas pretensiones.

Contra el espíritu de los Evangelios sostienen los padres más graves del catolicismo que Pedro estuvo en Roma, donde después de veinticinco años de pontificado sufrió el martirio, sellando con su propia sangre la causa del Cristo Redentor.

En testimonio de esta verdad citan las palabras del escritor frigiano Papias, que habiendo hablado Pedro en sus escritos de Babilonia (1), y de su Iglesia, dice que esta Babilonia no puede ser otra que Roma, por la mucha población que reunía y por la confusión de sus ídolos que aún en ella se adoraban cuando Papias, al fin del siglo II, escribía sus obras.

Eusebio dice que la carta á que aquí se hace referencia data del año 43, y como por el Evangelio se sabe que aún en el año 51 Pedro no había abandonado á Judea, queda desmentido Papias, primero, y Eusebio después. Pero tampoco la carta del apóstol pudo ser escrita el año citado, porque en su capítulo IV llama Pedro *cristianos* (2) á los neófitos, cuyo dictado tuvo origen al final del 44.

Lactancia, Justino y otros escritores católicos que vivían hasta el siglo V, hablan de cuando llegó Pedro á Roma y del martirio que sufrió á su muerte, citando unos su entrada en la Ciudad Eterna el año 42, otros el 45, no faltando quien la fije el 58, siendo lo cierto que todo se vuelven tinieblas y confusión para los que han hecho de Pedro el héroe por fuerza.

II

Pero falta aún saber si las cartas citadas son de Pedro y si las epístolas á él atribuidas son apócrifas, como sostienen historiadores hebraicos, fundados en la creencia de que Pedro no sabía escribir.

Por de pronto, si es cierto lo que dice el *Sabbath*, periódico de intereses hebraicos, que se publica en Constantinopla, háse descubierto recientemente, en circunstancias particularmente curiosas, un manuscrito del apóstol Pedro.

(1) «Os saluda la Iglesia que está en Babilonia, elegida con vosotros y Marco, mi hijo...» (Pablo, epístola primera, v. XIII.)

(2) «Pero si alguno es afligido como cristiano, no se avergüence, antes glorifique á Dios en esta parte.» (Primera epístola universal, c. IV, v. XVI.)

hayan sido adquiridos por medio del hábito en una generación, transmitiéndose luego por herencia conservadora á las generaciones siguientes. Se puede demostrar que los instintos más admirables que conocemos, los de la abeja y de muchas hormigas, no pueden haberse adquirido por el hábito.

Se observa generalmente que los instintos son, en lo que concierne á cada especie relativamente el éxito en sus actuales condiciones de existencia, tan importantes como la conformación física; y es al menos posible que, bajo la influencia de condiciones en vía de cambio, ligeras modificaciones en el instinto pueden ser ventajosas á una especie. De aquí resulta que, si se puede demostrar la menor variación en los instintos, no hay ninguna dificultad en admitir que la selección natural pueda conservar, y acumular constantemente, las variaciones de instinto capaces de ser provechosas á los individuos y parece verse en esto muy claramente la causa del desarrollo ó perfeccionamiento de los instintos más maravillosos y complicados. Ha debido suceder con los instintos como con las variaciones ó modificaciones físicas de los cuerpos; que determinadas y susceptibles de aumento por el hábito y el uso, pueden aminorarse y aun desaparecer por la falta de uso. En cuanto á los efectos del hábito, pueden considerarse como subordinados, por su importancia, á los de la selección natural, de las que podrían llamarse «variaciones espontáneas del instinto»,—ó sean, variaciones producidas por las mismas causas desconocidas que determinan las ligeras variaciones de la conformación física.

Ningún instinto complejo puede producirse por selección natural de otro modo que por una acumulación lenta y gradual de variaciones numerosas, ligeras y provechosas. Deberíamos, pues, como en lo relativo á la conformación del cuerpo, encontrar en la naturaleza, no los grados reales de transición que han conducido al instinto complejo actual—y que no podrían encontrarse sino entre los antepasados directos de cada especie—sino algunas pruebas de estos estados transitorios en las líneas colaterales de descendencia á lo menos deberíamos poder demostrar la posibilidad de gradaciones, y esto es lo que, en efecto, sucede.

El temor á un enemigo especial es ciertamente un hecho instintivo, como se puede observar entre los pájaros, cuando aún no han dejado el nido. Por otra parte, se ha demostrado que el temor al hombre no se adquiere sino poco á poco por los diversos animales que habitan las islas desiertas y en la misma Inglaterra se ve un ejemplo de esto en el mayor salvajismo de todas las grandes aves, comparado con el de las pequeñas, habiendo sido siempre las primeras las más perseguidas.

Se podrían citar numerosos hechos para comprobar que las facultades mentales de los animales del mismo género varían mucho en el estado natural. Bien sabemos que estas afirmaciones generales, no apoyadas por detalles de los hechos mismos, deben hacer poca fuerza en el ánimo del lector, y en defecto de más perfectas estadísticas procuramos no aventurar más aseveraciones que las verdaderamente comprobadas.

Por el arreglo.
MANUEL MONTERO Y RAPALLO.

EN LA TUMBA DE UN HUERFANO

EPITAFIO

Vivo, cruzaste el mundo silencioso
Te mostró la desdicha su furor,
No hallaste quien tus quejas escuchara
Ni cariñosa mano que secara
Tu llanto de dolor.

Muerto, aún te oprime, desdichado
Implacable el destino en su rigor,
Porque nadie se acerca hasta tu fosa
A verter una lágrima amorosa
Ni á poner una flor.

R. ORTIZ Y BENEYTO

En una caverna parecía vivir en la indigencia un viejo llamado Core, muerto el año pasado en Jerusalem, á la edad de 109 años; además de una gran cantidad de monedas que representaban un capital de 200.000 francos y de un chal viejo de cachemir que envolvía diversos papeles, revelados del origen de Core y por los cuales se ha demostrado que pertenecía á una familia muy rica de Stokolmo, descubriose un voluminoso manuscrito sobre papiro envuelto en un retazo de tela de seda verde, carcomida por el tiempo, que al tocarla se deshizo.

En el papiro se leía en caracteres hebraicos, las palabras siguientes:

«Pedro, pescador, sectario (ó discípulo) de Jesús, hijo de Dios, y continuador de su obra, habla á los pueblos de la tierra, que escuchen la palabra del Señor, según el amor y en nombre de Dios santísimo.»

El manuscrito estaba firmado de una manera rara.

«Yo, Pedro, en nombre de Jesús, he acabado de escribir la palabra del amor en el año 50 de mi edad en la tercera Pascua después de la muerte de mi Señor y Maestro Jesucristo, hijo de Maria, y en la casa de Balieri, escriba cerca del templo del Señor.»

Los sabios de Jerusalem están de acuerdo en que era imposible á un autor moderno escribir el antiguo hebreo con tal perfección, con tanto conocimiento del sentido de ciertas palabras y con esa forma arcaica que ofrece todos los caracteres del hebreo de los mejores tiempos.

¿Es el manuscrito en cuestión del apóstol Pedro? La Sociedad bíblica de Londres, consultada en esta cuestión, ha enviado una comisión al lugar del descubrimiento. Esta comisión, después de concienzudas investigaciones, se ha pronunciado por la autenticidad del manuscrito, que considera como obra del apóstol.

La Sociedad bíblica tiene por cierto que San Pedro sabía escribir; pero mientras que el Evangelio de San Marcos parece confirmar esta opinión, cierto pasaje algo oscuro de las Actas de los Apóstoles hace sospechar lo contrario. Esto ha excitado el celo de la Sociedad bíblica. Entre la comisión que está en Jerusalem y la Sociedad bíblica de Londres se cambian con frecuencia cartas y telegramas.

La Sociedad bíblica ha ofrecido á la familia K... de Stokolmo, que hereda los bienes del viejo Core, la cantidad de 20.000 libras esterlinas por la adquisición del manuscrito; pero la familia K... no quiere venderlo. Dispónese, sin embargo, á conceder á la Sociedad el derecho de reproducción y de traducción.

Los hermanos Abdullah, de Constantinopla, se proponían hacer de este documento una edición fotográfica.

III

En tanto, prosigamos este capítulo consignando que según las historias eclesiásticas el año 61, conducido Pablo á Roma, fué encarcelado para ser más tarde llevado al martirio el año 67, el mismo día que Pedro, al decir de muchos escritores cristianos.

Desde la prisión escribió Pablo una carta á Timoteo, la segunda, y otra á los Colosenses, y en ninguna de las dos nombra á Pedro (1) ni hace referencia á él directa ni indirectamente, y por el contrario de lo que sostienen la generalidad de los libros católicos; Pablo niega que Pedro estuviese con él en la prisión y salieran á morir juntos. Y si fuera lo contrario, ¿cómo callar Pablo el nombre de su hermano Pedro á Timoteo? ¿Para qué también decirle que *estaba solo* en la

(1) A Timoteo dice entre otras cosas: «... estoy á punto de ser sacrificado y cerca está el tiempo de mi muerte... Procura venir presto á mí, porque Demas me ha desamparado, amando este siglo y se ha ido á Tesalónica, Crescente á Galacia, Tito á Dalmacia, Lucas está solo conmigo...» (c. IV, v. VI y XI.)

A los Colosenses les decía lo siguiente: «... Os saluda Aristarcho, que es mi compañero en la prisión, y Marcos, primo de Bernabé y Jesús que se llama Justo... estos son los que me ayudan en el reino de Dios...»

prisión con Lucas? Por otra parte, Pedro, en la última carta, anuncia su próxima muerte y no cita su pontificado, ni dice palabra sobre su carcelación, ni de su martirio, ni nombra á Pablo ni cosa alguna que pueda revelar la posición elevada á la vez que triste en que le colocaran sus flamantes adoradores.

De todo lo expuesto se desprende bien claramente que el bueno de Pedro el pescador ni estuvo en Roma, ni fué martir, ni Pontífice, ni sacristán. Todo ello es una fábula detestable, mal urdida, que sirve para ridiculizar á los farsarios de Roma, y en la cual fundan sus aspiraciones para establecer el poder temporal y la supremacía de los obispos de Roma, sobre todos los de la Iglesia católica.

Sin embargo, esta supremacía, reconocida por el Concilio de Calcedonia, en 451, bien que solamente como título honorífico, era, á pesar de todo, fuertemente impugnada y vivamente combatida por los sabios teólogos Agustín, Gregorio Nacianceno, Basilio, Irineo de León, Hilario de Patiers y Martín de Tours, que ya todos habían anatematizado las ideas que sobre el particular había dejado escritas, en 206, Víctor, obispo de Roma, que por primera vez manifestó las pretensiones, porque á su obispado se le concediese el mando temporal de la Ciudad Eterna (1).

En 314, cuando el Concilio de Arlés, aun llamaban los obispos de Afria, al obispo romano Silvestre, *nuestro querido hermano*.

Víctor es el primero que pretende imponer el yugo de su silla al episcopado cristiano, y es increpado muy duramente por Irineo, que le negaba el derecho de ingerirse en las constituciones religiosas de las demás iglesias. Este *Papa*, en vista de su impotencia, retiró los anatemas que contra sus compañeros había lanzado.

El obispo romano Teodoro fué el primero que se opuso á que los obispos de la cristiandad le llamasen *hermano*, como también él fué el que se nombrase *Sumo Pontífice*, título y condición hasta 406 desconocida.

En la época del Concilio de Calcedonia, toda la influencia en el orden dogmático estaba reconocida en Jerónimo, retirado en Betlen; en Agustín, obispo de Hispona, y en Paulino, que lo era de Nola, y todos tres filósofos profundos que vivían para purificar sus ideas religiosas despreciando el oro y la pompa mundana del mundo material.

Y sentado todo esto no hay para qué decir que ninguno de ellos aceptaron las decisiones tomadas en el Concilio de Calcedonia.

Jerónimo sostiene en sus obras (á propósito de haberse reconocido la supremacía del obispo de Roma, que fué declarado *Papa*, desde entonces) lo siguiente: «... todos los obispos de la Iglesia universal son iguales en poder y dignidad, lo mismo el de Reggio que el de Constantinopla; el de Gubio que el de Roma... Para mí, y para todos los que piensen un poco no admitimos diferencia...»

Y un siglo después, otro sabio muy respetable, Gregorio el Grande, contestaba con estas magníficas palabras al Emperador que le llegó á brindar la supremacía pontifical:

«El título de *obispo universal* reduciría á una sola todas las diócesis, y por mi parte rechazo el proyecto que tiende á disminuir los derechos y el poder de mis hermanos...»

Importa dejar consignado, y no olvidarlo, que la independencia y elevación del papado ha estado siempre en razón inversa de su poder moral. Cuanto más súbdito ha aparecido el Papa, más soberano ha sido el papado.

Atila retrocede ante León, obispo de Roma, y respeta la humildad del digno sacerdote que le impide su entrada en la Ciudad Eterna, sin otras armas que el amenaza de su anatema.

(1) Por entonces y aun mucho después, en Roma había obispo solamente: los *Papas* fueron creados más tarde.

Ambrosio, obispo de Milán, cierra las puertas de su iglesia al poderoso Teodosio, obligándole á que hiciera penitencia pública por los asesinatos que cometiera en la Tesalónica.

Y entonces el pontificado no tenía, que nosotros sepamos, ni Estados, ni coronas, ni ejército que le sostuviera, ni zuavos que le defendiesen, ni ministro de la Guerra, ni legión de Antiles: tenía en cambio dos cosas que valían más que todo esto: la santidad de sus doctrinas y la razón de su causa. Y esto les bastaba á los primeros padres de la Iglesia para resistir la soberbia de los tiranos de la tierra y las ambiciones de los descontentos príncipes que se disputaban entre sí el dominio de los pueblos,

Pero la humildad de León y de Ambrosio no satisfizo á los Papas, que ya desde mediados del siglo VII tratan de elevar el Pontificado á la altura de las primeras monarquías temporales.

IV.

Mucho trabajaron á este fin los obispos romanos, ya Papas; hasta que por fin Esteban I consiguió para realizarlo, de Pepino el Breve y de su padre Carlo Magno, donaciones poderosas y sobre las cuales se fundó el poder temporal, el cual si pequeño en un principio, fué robustecido más tarde por medio de la donación de Constantino, consistente en grandes riquezas y extensos territorios, y las no menores dádivas que figuran en las decretales de Isidoro (1).

Desde los primeros siglos de la Iglesia romana los obispos de la Ciudad Eterna habían obtenido de la liberalidad de los príncipes, reyes y emperadores y aun de muchos particulares grandes señores, ricas y numerosas propiedades, vastos dominios en Italia, Sicilia, Galacia, Córcega, Dalmacia, Africa y Asia. Gracias á estas donaciones lograron hacerse muy ricos los obispos romanos, como lo prueba el que Gregorio el Grande solía prestar cuantiosas sumas á la emperatriz Constantina, quien le llamaba su *tesorero*. Pero entre esta riqueza material y la pretendida soberanía temporal hay un abismo.

La donación que hiciera Pepino, en el año de 704, consistente en las provincias que había arrebatado á los lombardos, el Ducado de Roma, las legaciones de Fosinone, Viceti y Velletri, como la Romania, Rávena y Forli; las dos pretendidas de Carlo-Magno, en 774 y 788 que comprendían el resto de la Lombardia, Córcega, Sicilia, Istria y Venecia, ¿confieren realmente al papado la más insignificante soberanía en lo temporal? Nosotros no lo vemos, porque el Papa estaba obligado á prestar su sumisión y obediencia en los asuntos temporales, á los reyes y emperadores de la tierra. Vamos á probar este hecho con muy pocas palabras.

El Papa en su proclamación, ó en la del emperador ó rey, daba á estos su juramento de fidelidad y de respeto, y le enviaba, como muestra de homenaje, el estandarte de la Ciudad Eterna y las llaves del sepulcro de Pedro, llamado el primer Pontífice.

El emperador era quien convocaba y presidía los Concilios, distribuía las dignidades eclesiásticas, nombraba los obispos y dignidades mitradas, decidía *artículos de fe* y daba á los Papas consejos y órdenes saludables para el bien de la Iglesia y la paz del universo.

Gregorio IV se vió obligado á esperar la llegada de los legados imperiales para tomar posesión, en 827, de la silla pontificia, y según una constitución publicada por Lotario, el nombramiento de los funcionarios pontificios debían someterse al beneplácito del emperador, quien le daba sus instrucciones, le imponía en la política y gobierno de la Iglesia y le revestía de la investidura sacerdotal (2).

(1) En el siglo XVI fué descubierta la falsedad con que se forjó la *Donación de Constantino*, y poco después se supo también que eran falsas las *Decretales de Isidoro*. ¡Con estos documentos se formó el poder temporal!

(2) El emperador los despedía diciendo: «Yo os nom-

Todos los Concilios y todos los Papas reconocieron la soberanía suprema del emperador en Roma y en Italia, hasta mediados del siglo XIV en que el emperador Carlos IV renunció, por fin, el ejercicio de la soberanía de la Ciudad Eterna en 1346.

V.

Y es una prueba palpable de que ninguna autoridad ejercieron los Papas, en lo temporal, el sólo hecho de no encontrarse hasta el año de 1361 (quince después de la renuncia de Carlos IV), ninguna moneda pontificia (1).

Pero los Papas, con la hipócrita sagacidad con que siempre han sabido ocultar sus ambiciones, no perdieron medio alguno por engrandecer sus Estados y en el siglo VIII, Zacarías logra del rey de la Lombardia Luitprando, que le ceda varios territorios en Italia, cuando ya Pablo había dicho «que nadie dedicado al servicio divino debía complicarse con el cuidado de los negocios temporales, y el mismo Cristo había enseñado que su reino no era de este mundo.» Zacarías protegió la loca ambición de Carlos Martell declarando destronado á Childerico III de Francia.

Esteban II, su sucesor, se valió de medios inicuos para aumentar sus Estados: llamó á Pepino en su ayuda, para que despojase á Astolfo, rey de la Lombardia, de varias ciudades cercanas á Roma, recibíendolas el Papa; oprimió á su pueblo, inventando nuevos castigos para los perseguidos, y fué en la moral un Baltasar.

A principios del siglo XI, Gregorio XII, que es muy justamente llamado por algunos autores «la estrella negra de la Iglesia» (2), estableció la pernicioso doctrina de que al Papa tocaba nombrar y confirmar á los soberanos en lo temporal, amenazando excomulgar á los soberanos cristianos que no le obedecieran. Quiso intervenir en las cuestiones políticas de Francia, Inglaterra, Sajonia y Portugal que se debatieron en su tiempo. En España trató de regalar al caballero francés Ronci, las tierras que conquistase á los moros infieles. Fomentó con la intriga y su maquiavelismo las guerras de los italianos con los sajones y alemanes, y con respecto á estos últimos excomulgó y destruyó á su emperador, Enrique IV, colocando en su lugar á Rodolfo de Suavia, con lo cual promovió una guerra civil que devoró al país catorce años, viéndose al fin terminada por un tratado que aumentó considerablemente los Estados del Papa.

Benedicto VIII enciende guerras muy funestas por ver de lograr el mando en varias provincias de Francia, excomulgando á Guillermo de Provenza y á su madre, por haberse apoderado de unos terrenos pertenecientes, según él, á los monjes de San Gil. No queremos tampoco privar al lector del espíritu evangélico que encierra el documento de tan vergonzosa recordación, dada por el Pontífice en 1014 y que copiado á la letra dice así:

«Que no puedan jamás retirarse de la compañía de Judas, Caifás, Anás, Pilatos y Herodes: que permanezcan por la maldición de los ángeles, y experimenten la comunión de Satanás en la perdición de la carne; que reciban las maldiciones de lo alto, de lo bajo, del abismo que está á sus piés: que reunan la maldición celeste y terrestre: que la sufran en su cuerpo: que sus

bro... (el empleo que fuera): respetad mis leyes como todas las del reino y adorad al Dios de los católicos, que es el mío, y el del Papa que os propone.» (Constitución romana, por Lotario, p. II.)

(1) El primer Pontífice que ordenó la acuñación de moneda con las armas del Pontificado y grabando en el anverso la efigie del Papa reinante, fué Inocencio VI, sesenta y un años después que Carlos IV renunciara el mando de la ciudad de Roma.

(2) Uno de los más ardientes defensores del catolicismo, fraile y jesuita por mas señas, para que no sea sospechoso á los neos, se expresa así definiendo á Gregorio XII:

«... malo, muy malo... el mayor de los monstruos de la ambición, origen, principio, causa y raíz de millares de guerras y millones de muertes. Su historia es la del crimen y de la desolación...»

»almas sean debilitadas: que caigan en la perdición y en los tormentos: que sean malditos con los malditos y perezcan con los soberbios: malditos con los judíos que no creyeron en el Señor, y quisieron crucificarle: malditos con los condenados en el infierno: malditos con los herejes que pretendan derribar la Iglesia de Dios: malditos con los impíos y con los pecadores, si no se enmiendan y hacen una reparación en San Gil...

»Que sean malditos en las cuatro partes del mundo: malditos en el Oriente, abandonados en el Occidente, anatematizados en el Norte y excomulgados en el Mediodía: malditos de día y excomulgados de noche: malditos cuando estén de pie, y excomulgados cuando se sienten: malditos cuando coman y excomulgados cuando beban: malditos cuando trabajen y excomulgados cuando traten descansar: malditos en la primavera, y excomulgados en el verano: malditos en el otoño y excomulgados en el invierno: malditos en el presente y excomulgados en los siglos venideros...

»Que los extranjeros invadan sus bienes; que sus mujeres caminen á su perdición; que sus hijos perezcan por el hierro; malditos sean sus alimentos, malditas las sobras de éstos y los que gusten de ellas...

»Sea excomulgado el sacerdote que le ofrezca el cuerpo y sangre del Señor, ó que le visiten en sus enfermedades ó que les lleven á la sepultura á que quieran encerrarlos, y en una palabra, malditos sean en todas las maldiciones posibles. Amen (1).»

Tan caritativo y evangélico lenguaje no encontramos palabras suficientes para comentarlo y abandonamos el documento que antecede al juicio del lector, mientras continuamos en nuestras citas históricas.

En los tiempos de Benedicto VIII y á muy poco de haber pronunciado la excomunión contra Guillermo, se aumentaron los Estados de la Iglesia con otra donación del principado de Benevento, y á fines del siglo XI Gregorio VII, que con su ambición tan desmedida concibió el proyecto de una monarquía universal bajo la autoridad de los Papas, de quienes deberían depender los príncipes de la tierra, extendió considerablemente los límites de su poder temporal, ora por la fuerza de las armas, ora aceptando las donaciones de Viterbo y Civita-Vechia, que le hiciera la condesa Matilde por perdón de ciertas culpas de su alma pecadora, que según confesión de otros Papas (2), no tenían perdón de Dios.

Más tarde la condesa Matilde, soberana de Toscana, cedió otras ciudades principales de la Lombardía al papado, de quien fué tan decidida devota que le auxilió en la guerra que seguía con Enrique IV, separándose de su marido porque no quiso someterse á las decisiones de la Santa Sede, y á su fallecimiento cedió al Papa todos sus Estados, con detrimento de sus hijos y de su segundo marido, que en vano reclamó una vez y otra á Gregorio VI sus Estados.

Muerto aquel Papa sin ver realizada la obra que llenaba sus locas ambiciones, aumentáronse los Estados de la Iglesia con el gran ducado de Spoleto, consiguiendo reunir entonces el rey de Roma una corona tan rica y grande cual pocas de la Europa latina. Para ello fué preciso que hubiesen existido unos Pontífices como Esteban I, Zacarías y Esteban II, Gregorio VII y Bonifacio VIII, que con hipócritas manejos, con las intrigas y ambiciones de una política maquiavélica, engrandecieron los Estados de la Iglesia romana con el poder temporal, contra el espíritu de los

(1) Guillermo y su madre oyeron leer esta excomunión mayor al cura después de la misa festiva, y se congratularon de haber merecido la ira del Papa. Desde aquel día, cuenta la *Historia de Provenza*, que madre é hijo vivieron con más salud que nunca habían disfrutado, y cuando encontraban algún enfermo le decían como único remedio: «Haber si puedes hacer que te excomulgue el Papa.»

(2) Nicolás II y Gregorio VIII, sucesores de Benito VII, que lo fué de Benedicto VIII.

pueblos á ella sometidos, el asentimiento de los más severos filósofos de aquellos tiempos y el espíritu claro, terminante, de las doctrinas evangélicas de Cristo, que condenaban abiertamente la intrusión de los ministros del altar en las cosas que son de esta vida, cuando decía: *mi reino no es de este mundo*.

En resumen: el que inspiró la raza latina en aquellos tiempos era el papado, y el papado era también el único poder que soñó con Carlo-Magno utopías imperialistas contrarias á la misión de la Iglesia, y ambicionó con Gregorio VII el imperio teocrático gráficamente definido en aquella sabida fórmula por él tan repetida: *Un Dios, un Papa, un Emperador*.

Pero estas ambiciones jamás las realizó Roma con los Papas, y si con Gregorio VII principia á acentuarse el triunfo de estos principios, con Pío VI pierde la Iglesia todo lo temporal y con Pío IX está expuesta á perder lo espiritual, no obstante su infalibilidad.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

LOS AMIGOS DE VÍCTOR

¿Quién era Víctor? Su padre me le presentó un día; era un niño de siete años, blanco como una figura de la antigua fábrica de porcelana del Retiro; con ojos y cabellos negros que alcanzaban reflejos azulados, hermoso como un hijo de los dioses; listo, fuerte, ágil, con cierta severa solemnidad en su rostro y notable atrevimiento y audacia en su resolución.

Quedé maravillado cuando le oí hablar por primera vez; aquel muñeco vestido de marino español, con el sombrero en el cogote, la blusa escotada dejando al aire el cuello fino y blanco como una gardenia, con las piernas embutidas en los azules calzones que terminan en amplia y graciosa boca de campana, los zapatos de charol y la corbata anudada en la mitad del pecho, donde concluye el ancho cuello de la blusa, parecía un marino de verdad, á quien alguna nereida, su madre, conservara por siempre su aspecto juvenil y su cutis de nieve.

Saludó como un hombre, se quitó el sombrero con varonil donaire y me dió la mano. ¡Indudablemente aquel chiquitín era el embrión de un grande hombre! Cautivaba sin querer y sometía con su mirada las voluntades. Parecía un marinerito de *biscuit*, pero nadie se hubiese atrevido á llamarle más que ¡mi capitán! dada la rígida altivez del mocoso.

El más empedernido célibe hubiese renunciado con gusto á su honesto estado de soltería, si de antemano la Providencia le hubiese otorgado un descendiente como aquel. Era el niño más bonito que se había fabricado en esta villa y corte en veinte años.

Yo, aunque soltero de profesión, quedé asombrado ante aquella criatura; ¡de buena gana me hubiese convertido en padre suyo!

Cumplimenté al autor de aquella magnífica escultura, y besé á Víctor, el cual, molesto con esta caricia, volvió el rostro airado diciendo:

—Papá, ya te he dicho que los hombres con bigote me fastidian.

—¡Chiquillo, á ver si te callas!—gritó el padre.

—¡Víctor!—exclamé yo—todos los hombres tienen bigotes; tú, cuando seas grande, los tendrás; ¿te fastidiarán entonces los hombres?

—No, porque seré igual á ellos, y además nadie con bigote me besará.

Me eché á reír con gusto y aun solté la carcajada cuando refiriendo su padre las bizarrías é ingeniosidades de su hijo, me contó que explicándole el diluvio universal y cómo Noé encerró en el arca un par de animales de toda especie, preguntó Víctor si iban peces en la barca, á lo que el maestro contestó que sí.

—Pues valiente tontería—observó Víctor; habiendo agua ya se hubieran ellos dado maña para vivir.

Con lo cual el profesor, que era un descendiente del famoso Proudhomme francés, añadió con serenidad filosófica:

—¡Hijo mío! por lo menos irían los peces de agua dulce, porque todo el planeta quedó hecho un mar.

Ya conocemos á Víctor; vamos á ver qué tal eran sus amigos.

Víctor (esto lo supe después de la presentación) tenía muy pocos amigos y no quería de veras más que á un perro de lanas que se llamaba Tigre, aunque era manso y afectuoso como un cordero. Vivía con él y amo y perro se comprendían; varias veces se observó que cuando reñían á Víctor el Tigre ahullaba tristemente. Y por supuesto, no se podía castigar al perro delante de su amo.

El Tigre tenía un rival, pero era más humilde que él; un mendigo, un pobrecito niño que pedía limosna tocando viejo violín, cuya caja se refa de la miseria de su dueño por todos los cuatro costados. Quizás estas aberturas y grietas son las que daban á las notas del violín cierto tinte melancólico que llegaba al alma.

El pueblo, ese pensador anónimo, decía con su agudeza característica que el niño del violín tocaba la *canción de la desgracia*.

Eran pocas notas las que sabía arrancar el pobre niño, de las dos únicas cuerdas que poseía su deteriorado instrumento; pero con aquellas notas entraba en el corazón de los que le escuchaban y movía á piedad.

Quizás un músico indiferente nos hubiese traducido aquella plegaria, diciendo que equivalía á do, mí, sí, sol, fa, re. Cierto; verdad que aquella era la manifestación en el pentágono de la cancioncilla; pero como la repetía sin cesar por las calles, un niño estenuado por el hambre, vestido de harapos filamentosos, bronceado por el sol y la lluvia, lo que le daba cierto parecido con una terrecota; aquellos sonidos que persistían siempre, llegaron á constituir frases, porque la música sin letra aburre, y creedme, como os lo digo, los que se detenían en las tardes de Diciembre á dar una limosna al niño del violín, comprendieron como yo que los sonidos do, mí, sí, la, sol, fa, re, decían claramente: «¡Piedad, no he comido, socorredme ó moriré!»

Si no hubieran oído esto, ¿cómo se explica que Pietro (el mendigo se llamaba así) recogiera muchos días hasta tres reales?

Este Pietro era el otro amigo de Víctor. Todos los días á las nueve Pietro, aunque lloviese ó nevase, iba á la Castellana, se paraba frente á la casa número 16, y tocaba su inagotable sonata. A las primeras notas aparecían en el balcón Víctor y el Tigre. Este sacudía las orejas y ladraba: aquél arrojaba desde lo alto cinco céntimos, que Pietro interrumpiendo la canción, recogía del suelo y besaba luego sonriente mirando á su joven protector.

Como la escena se repitió durante un invierno entero, al aparecer las primeras hojas, Víctor, Pietro y el Tigre eran los mejores amigos del mundo.

Un día se encontraron en la calle, y Víctor abrazó y besó á Pietro, dándole veinte céntimos de cuarenta que, por ser domingo, le había entregado su padre para sus gastos y derroches. Esta esplendidez obligó al mendigo, por vía de reconocimiento, á bailarse una tarantela con tal arte y maestría, que la gente hizo corro, atraída por el extraño baile del muchacho, y por los saltos y ladridos que dió el Tigre, que no se resignaba á ser menos que el italiano.

¡Qué dulce debió parecerles entonces la vida!

..

Pocos días después Víctor cayó enfermo gravemente. Su madre decía que se había enfriado por salir al balcón en mangas de camisa á echar el *perro chico* á Pietro; pero Víctor se refa diciendo:

—Que Dios no podía mandar una enfermedad á cambio de una buena acción.

Su padre, temiendo algo grave, salió en busca de un médico.

Llegó el galeno y frunció el ceño. La cosa era terrible. Se trataba nada menos que de una difteria. Había que acostar al niño á escape. Alentó á la atribulada madre, recetó una pócima y se llevó al padre á un rincón de la sala.

—El niño se muere, dijo.

—¡Dios mío, compasión!—murmuró el padre entre sollozos y lágrimas.

—Es una enfermedad terrible. ¡Valor! El Señor no llama á su seno más que á los elegidos para gozar pronto de su gracia.

—¿Y no hay esperanza?

—Para mí, ninguna; pero si usted quiere podemos celebrar una consulta.

Llegaron las notabilidades médicas, pulsaron al

enfermo, le observaron, discutieron el mal y pronunciaron el fallo, el fatídico *non posumus* de la ciencia de curar. Víctor moriría. La sentencia era inapelable. Contra la salud se rebela muchas veces la naturaleza; contra la muerte, nunca.

—Bebe, hijo mío, decía la madre á Víctor, ofreciéndole la ineficaz pócima recetada por el protomedicato reunido.

—¿Para qué? contestó Víctor; me voy á morir.

Y cerró los ojos triste y resignado, mientras su rostro tomaba una expresión de extraordinaria dulzura.

La madre no se acostó en toda la noche aguardando un milagro; que la misma Virgen Santísima bajase en persona á curar á su hijo. Pero tenía razón el médico: Dios llama á sí primero á los elegidos. Había que resignarse.

Cuando el naciente sol doraba los hierros del balcón, Víctor abrió los ojos cadavéricos.

—¿Qué quieres, hijo mío? preguntó la madre, que no perdía la esperanza.

—¿Y el Tigre? dijo desfallecido Víctor.

—Acostado á los pies de la cama. ¿Qué quieres?

—Si viene Pietro dale los cinco céntimos, y dile que me muero.

Tornó al silencio lúgubre, al silencio de la muerte; y poco después, sonriente, dichoso, feliz, como si presintiera que los ángeles lo esperaban en la puerta del cielo, espiró.

Entonces sonó en la calle, más triste y lastimera que nunca, la *canción de la desgracia*, que arrancaba al violín Pietro el italiano.

El Tigre dió un ahullido desesperado y salió al balcón ladrando furisamente al mendigo, que sonreía, no comprendiendo la indignación de su colega.

Al día siguiente se llevó á la Patriarcal el cadáver de Víctor, que su propia madre había vestido de marinero, y regado con sus lágrimas. Seguían al coche fúnebre larga fila de simones, y detrás de ellos impaciente por ponerse al nivel del carro mortuario y sin poder lograrlo nunca, Pietro el italiano, jadeante y sudoroso.

Cuando subieron el féretro al nicho, Pietro tocó su eterno do, mi, si, la, sol, fa, re, pero más sentido que nunca. Las viejas y deshilachadas cuerdas lloraban. Mozart hubiese envidiado aquellas notas para componer una marcha fúnebre.

A un pariente de Víctor, parecióle fuera de lugar aquel sonsonete, y se fué hacia el italiano para hacerle callar de un puntapié. Cuando llegó cerca de chico se detuvo: Pietro lloraba.

Sin duda, por esto, me pareció aquel día la *canción* más expresiva; estaba amasada con lágrimas.

El Tigre, que ahullaba á los sepultureros, se acercó meneando la cola al italiano. Aunque le llamaron repetidas veces los parientes de la casa no obedeció. El se quedaba allí con Pietro aguardando la resurrección de su amo y amigo.

Y allí estuvieron hasta que los echó el conserje.

El Tigre no volvió á casa, se quedó con Pietro viviendo en la estrechez más horrible, pasando hambre y frío; pero contento y feliz por estar junto al amigo de su amo. Además hizo progresos, supo andar en dos pies y sostener una cesta con los dientes.

El pobre Pietro no se consuela de la pérdida de Víctor. Desde que él murió no ha vuelto á completar los tres reales, y como es natural, su salud se resiente de falta de alimento.

—Por qué, me dijo, ahora como menos. Somos dos.

Si algún lector caritativo se los encuentra por esas calles y reconoce á Pietro, por los girones del traje, y el violín de dos cuerdas, y al Tigre, por la cachazuda formalidad de un perro de lanas que ha venido á menos, debe socorrerles.

Son la imagen del cariño desinteresado, los amigos del pobre Víctor.

RAFAEL COMENGE.

EL PUEBLO ARABE

I

Dos pueblos hay sobre la faz de la tierra que fueron en tiempos pasados dos soles de grandeza, y que en los presentes son fábula y ludibrio de la humanidad. Uno es el pueblo judío, cuya terrible historia está escrita con

caracteres de sangre en el libro de las eternidades; otro es el pueblo árabe, muerto se puede decir, porque no es ni tal vez será lo que fué.

El pueblo judío, al levantar la cruz en el Gólgota, corrió impelido por la suprema maldición á cantar de zona en zona los fragmentos del poema de sus grandezas y la inmensa elegía de su horrible desventura; el pueblo árabe llevó por el mundo sus triunfantes banderas, y cuando la potencia de dos monarcas clavó en las torres de la Alhambra el pendón del catolicismo, se apagaron sus resplandores de gloria como se apaga en Occidente la luz del sol; cesaron sus himnos de victoria; rodaron por el polvo sus tronos de marfil, hundiéronse sus palacios de jaspe y corrió desolado á ocultar en los desiertos su oprobio y su vergüenza.

Los pueblos no sabemos por qué tienen entre sí maravillosas semejanzas; todos han cometido crímenes; todos han tenido sus glorias y todos se precipitan por un mismo camino á su destrucción total.

Al descender las cortinas de sombras que nos ocultan el grandioso ayer de la humanidad, experimentamos indefinible gozo al contemplar la Roma de Julio César y Augusto; la Grecia de Sófocles, Demóstenes y Galeno; el Egipto de Cleopatra... ¿qué ha quedado de tanta grandeza y tanta maravilla? Sepulcros con borrosas inscripciones; ruinas envueltas por el tiempo en fúnebres mantos de hierba y de negrura... Cada una había llegado al colmo de la civilización y cayeron como habían subido, porque el progreso es un coloso con alas de cera que al llegar á ciertos límites cae para volverse á levantar; subir y bajar para volver á subir: he ahí el destino de los pueblos.

II

Arabia se elevó sobre las ruinas del imperio romano, ocupando una de las más bellas posesiones de Occidente; Arabia es una región dantesca; su suelo es una inmensa llanura de arena cortada á trechos por ásperas y desnudas rocas; en vez de suaves brisas y perfumados hálitos, los vientos sólo arrastran soplos furiosos y ardientes, que agitan en tremendas olas sus mares de arena, que sirven de tumba á las errantes caravanas que se atreven á surcarlos; ninguna mansa corriente fertiliza aquel suelo de fuego ni lleva sus productos á otras regiones; la tierra sorbe sedienta los torrentes que se desprenden de las alturas y ávidos recogen los árboles la humedad de la noche; la población de la península arábiga no puede nunca calcularse por la que ocupan otros países más civilizados ó más favorecidos por la naturaleza.

En las calcinadas playas del golfo pérsico y el Mar Rojo, vagan embrutecidas tribus que en muy poco ó en casi nada se distinguen del resto de la creación animal; de tan miserable y precaria existencia, en los primeros siglos del mundo se alzó la nación árabe que, rompiendo los límites que con la inmensidad de los desiertos le pusiera natura, buscó otras regiones más felices en que establecerse y constituir la base de sus futuras grandezas, conociendo al propio tiempo las ventajas de la vida sedentaria y reuniéndose en numerosas poblaciones para procurar su mutuo desarrollo.

Consagraban gran parte del tiempo al manejo de sus rebaños, procurando conservar amistad con las hordas de beduinos que á cambio de ella les suministraban los primeros rudimentos de industria al par que artículos de primera necesidad.

En Yemen estaban asentadas las cuarenta y dos ciudades más populosas y fuertes de Arabia; pero todo el esplendor y la preponderancia de que aparecían rodeadas, quedaron oscurecidos con las proféticas glorias de Medina y Meca, situadas á orillas del Mar Rojo. Algo supersticioso y fanático debió influir en el ánimo de sus fundadores, pues Medina yace al pie de áridos montes, en un suelo caldeado por el sol y regado con aguas amargas é impuras y separada de la vegetación y la lozanía. Meca aparece como más favorecida por la naturaleza, aunque las galas con que se reviste

parecen como amarillentas y marchitas al contacto de algún hálito ponzoñoso.

III

Libres é independientes los árabes, han sido la admiración de historiadores y filósofos, asegurando muchos de ellos que tan extraordinaria circunstancia era el justo cumplimiento de una profecía en favor de la raza de Ismael.

La libertad de que goza el árabe en nada se parece á la que en muchos pueblos de la vieja Europa se toma por pomposa expresión de independencia nacional ó desalmado libertinaje; en medio de su libertad el árabe goza hasta cierto punto de los beneficios de la sociedad sin abdicar jamás las naturales prerrogativas. En cada tribu la superstición, la fortuna ó la gratitud han depositado la autoridad en una sola familia. El emir de los emires sólo goza hasta cierto punto de los privilegios de la regia dignidad. Los pactos del árabe son libres como su espíritu poético por excelencia, como el viento que agita sus pendones; el desierto es su patria, y el espacio es pequeño para contener el vuelo de su imaginación.

Meca y Medina presentaban en el corazón del Asia la imagen de una república, porque allí reinaban los abuelos de Mahoma como Solón ó Licurgo en Atenas y los Médicis en Toscana: nada tenía este gobierno, ni sus leyes consistían en la artificiosa armazón de las repúblicas griegas; en Grecia cada miembro del gobierno encerraba en sí individualidad parcial de derechos políticos y civiles; el árabe solo reconocía estos principios: odio á la voluntad de su dueño, el robo y la venganza. Estas bárbaras leyes fueron suavizadas por las especulaciones comerciales y el cultivo de las artes y las letras recibiendo de Egipto y de Persia los gérmenes del saber, perfeccionándose al mismo tiempo en su idioma y en la destreza en la dialéctica, al par que fomentando sus vehementes aficiones á la poesía.

IV

En épocas anteriores al mahometismo y así como en los países civilizados se acostumbra á premiar el talento, los árabes se reunían en naciones enteras para celebrar una especie de juegos florales: treinta días duraba la noble lucha en la que tomaban parte los bardos de los pueblos más distantes.

El árabe es á mi parecer uno de los seres más perfectos; gran alma, fogosa imaginación, valor heroico y orgullo digno del hombre que nunca humilló su frente al yugo de odiosa esclavitud; pero la prenda más recomendable del árabe es su generosa hospitalidad tan conservada por el prócer como por el beduino; nada importa que sea su mayor enemigo el que implore á sus puertas la caridad, basta que llame con la voz del desvalido para que olvide todos sus rencores y sea aquel ser tan bien recibido y tan sagrado á sus ojos como la divinidad misma.

Los árabes como indios los rendían culto al sol, á la luna y á las estrellas, que han sido siempre los objetos que han despertado en la mente humana la idea de la divinidad; el Cosmos representa á los ojos del salvaje la suprema potestad inspirándole su inmensidad la idea de la existencia eterna; y la regularidad de la marcha de los astros le indican una razón sublime y poder sobrenatural.

Babilonia encerró en un tiempo en el círculo inmenso de sus murallas á los hombres más versados en la astrología, pero en Arabia el observatorio estaba en un cielo sin nubes, en unas llanuras sin límites.

Así como el marino guía sus naves á través de los mares siguiendo la marcha de las estrellas, así guiaban los árabes sus nocturnas peregrinaciones: la experiencia les había revelado que el Zodiaco lunar se dividía en veintiocho partes iguales y la gratitud á bendecir la benéfica constelación que con saludables lluvias refrescaba la ardiente sed del desierto; pero como la superstición ejercía sobre ellos extraordinario influjo, multiplicaron los ritos y las creencias en las tribus y naciones; cada

cual estableció ídolos y ceremonias particulares, aunque creían en los dogmas que se guardaban bajo las bóvedas de la Caaba.

Los historiadores más antiguos, y entre ellos los griegos más principalmente, han consignado en sus escritos la antigüedad de este famosísimo templo, más digno de asombro que la capilla Sixtina y las pirámides de Egipto; la capilla Sixtina es el monumento donde como en suntuosa tumba, se guardan las creaciones de aquel genio inmortal llamado Miguel Ángel; las pirámides representan la barbarie y la grandeza ciclópea y la Caaba presenta á la faz de la humanidad la página más brillante de la historia religiosa de un pueblo que fué dueño y asombro del mundo.

Un cuadrángulo inmenso era su forma, rodeado de grandioso pórtico junto al cual se hallaba el sagrado pozo de Zemzem, defendido por un domo de toda profanación; en el último mes de cada año acudían al templo inmensas carabanas que iban á rendir sagrado tributo á la divinidad.

Hoy el templo de la Caaba yace en el olvido; sus inmensos paredones cubiertos de musgo y de verdín, parecen inmóviles colosos; sus cúpulas y sus bóvedas se levantan sombrías y como envueltas en mantos de sombras mientras sólo turba el silencio que en su recinto impera la voz de algún creyente ó el lamento de alguna afligida virgen.

V

De resultas de trastornos y revoluciones, Arabia dió abrigo en su seno á los sabeanos, los magos, los indios y los cristianos, arrojados de Siria, de Egipto y de Persia; las creencias que las dos últimas sectas trajeron, quedaron arraigadas en los árabes, que desde luego admitieron la creencia de la existencia de un Dios superior á todo lo creado, estrechando con verdadera fruición los lazos de amistad con que indios y cristianos llamados por ellos *pueblos del libro*, aludiendo á la Biblia que tradujeron en su idioma, complaciéndose en reconocer los patriarcas hebreos como fundadores de su nación; creían en las promesas de Ismael, reverenciaban las virtudes de Abraham y adoptaban la historia de esa idílica concepción llamada Génesis, y las ridículas patrañas con que la han desfigurado la ignorancia y la meticulosidad de los rabinos.

Tal era la situación político-moral y religiosa del pueblo árabe, cuando vino al mundo el hombre portentoso que debía sacarle de su inanición y conducirlo entre esplendentes aureolas á ser el rey de las naciones, el emporio del saber humano y el asombro de las generaciones.

Después de Jesucristo, la figura más grande de la historia es la de Mahoma; Ciro, Carlos V y Napoleón fueron gigantes en sus respectivas épocas, sus nombres resuenan confusamente mezclados con los gritos de agonía de la humanidad; Mahoma, si bien empleó la guerra para cimentar su religión, aparece á través de la tenebrosidad de los siglos rodeado de una aureola de gloria y de poesía.

Carlos V murió en una celda desengañado del mundo. Ciro contempló la ruina de sus imperios; Napoleón sobre las rocas de Santa Elena se vió muy pequeño á los bordes del vacío de la eternidad, y Mahoma, al caer sin vida en brazos de Aysha, creyó ver abiertas para él las puertas de un paraíso.

Todos los hombres son hermanos, dijo Jesucristo y Mahoma lo repitió; pero Alejandro, Ciro, Herjes, Carlos V y Napoleón, dijeron en su delirio: «La humanidad ante nosotros es un hledo, y la encadenaron á sus carros de guerra y la arrastraron por inmensos mares de sangre y de lágrimas.

Mahoma, en medio de su miseria humana, fué grande; fué un sol que brilló y murió con toda majestuosidad y esplendor; Mahoma contempló la inmensidad del vacío y adivinó la existencia de Dios; contempló la tierra y comprendió que, cansada de rodar sobre su eje, se convertiría en pavesas que llevarían los vientos; vió en torno suyo un pueblo que arrastraba una precaria existencia; el mar de su

corazón se agitó tempestuoso; se disiparon las sombras de su mente ante el potente resplandor de una idea colosal; su alma, sumergiéndose entre círculos inmensos de luces y de sombras, comprendió que era una parte de la divinidad omnipotente, y en su sublime delirio exclamó: ¡Vivir es soñar y morir despertar! Humanidad, ¿quieres ser feliz? ¡sigueme! Yo te conduciré á través de los arcanos del sepulcro, á la vida del alma, despojada de su carnal vestidura, y la humanidad le respondió con helicosos y delirantes cánticos, mezclados con imprecaciones de rabia y de desprecio, porque al genio siempre le acompañan en su camino la admiración y el escarnio, como una dama y un grosero bufón; ¡Contigo vamos! ¡Es mentira!—clamó el mundo en inmenso coro y en medio de tan horrible confusión ondearon los proféticos pendones, atronaron los espacios las trompas guerreras y el sol hizo centellear millares y millares de espadas que se alzaban proclamando la nueva doctrina; la cruz y la media luna se disputaban el imperio del mundo y ambas parecían estar casi unidas por unos mismos eslabones y tener una misma base.

Casi todas las grandes innovaciones han sido guiadas siempre por la ambición: Martín Lutero, impulsado por la envidia, rompió violentamente con la Iglesia quemando en Witemberg las «Decretales» y la «Luna» de Santo Tomás; Muntzer sembró de cadáveres los campos de Alemania; Zusinglio y Calvino asolaron la Suiza; Teodoro de Beza arrastró por los vientos el pendón de los horrores y los sacrilegios y por muchísimos años se levantaron patibulos, se destruyeron templos y se arrojaron á las hogueras hasta los instintos naturales.

Mahoma si tuvo ambición, supo envolverla entre los blancos velos de la modestia, y si bien haciendo guerra derramó sangre para cimentar la pirámide de sus ideas, no se levantó una hoguera á su paso ni turvó sus sueños el recuerdo de una crueldad.

No se por qué se me ocurre la idea de que entre Mahoma y Pedro Abelardo, á vuelta de algunas diferencias, hay ciertos puntos de contacto y bastantes semejanzas; me preguntaré por qué y me es imposible explicarlo; Pedro Abelardo fué el titán de una doctrina que germinó en el seno de una sociedad abyecta y corrompida; Mahoma fundó una religión entre un pueblo sino corrompido, al menos viciado; ¿será qué encuentro entre ambos un original paralelismo porque ambos fueron dos grandes innovadores y por qué ambos aparecen en la historia casi rodeados por una misma esplendente aureola, á pesar de los siglos que mediaron entre los dos?

Dejando á un lado comparaciones que puedan hacer enojosos estos cortos apuntes, vamos á intentar hacer con cuatro rasguños el retrato del fundador de Islam, tomándolo de entre las tinieblas de los tiempos: hermosa era su presencia; su elocuencia natural, seduciendo la razón arrebatada el alma; suaves, corteses y mesurados eran sus modales, y su imaginación que se demostraba en su frente, era un piélagos donde giraban y giraban en fantástica rotación los mundos de la poesía; sabía lo que era el hombre, lo había estudiado como estudia el médico el cadáver del anfiteatro, y sus acciones nacían valientes para morir heroicas; carecía en absoluto de instrucción, pues no sabía ni leer ni escribir; ¿qué importaba esto? La naturaleza le enseñaba lo que le negaba la ciencia; dado desde sus juveniles años á la contemplación de lo grande y lo maravilloso, retirábase con frecuencia á la cueva de Hera, en donde sumido en esa eternidad del pensamiento, llamada meditación, concibió la grandiosa idea de fundar el dogma que bajo el nombre de Islam predicó después y que tan sólo se reducía á esta verdad eterna y á esta ficción necesaria á sus fines: «No hay más que un sólo Dios y Mahoma es su profeta.»

VI

Después... inútil es decirlo, ya sabéis que con esta fe y llevando la media luna en las

puntas de sus yelmos y pendones, aquel pueblo se alzó de su sueño de barbarie, y bajo el filo de sus corvas cimitarras, rindió al mundo á sus plantas.

Grande fué el pueblo árabe; aún pregonan su esplendor los monumentos que se levantan como esparcidos y brillantes despojos de una civilización que murió; recorred la Andalucía, por todas partes veréis algo que os cuente la historia del infeliz pueblo; visitad ese suntuoso monumento oriental llamado la Alhambra; penetrad en los inmensos salones de los alcázares; observad el retrato de la Giralda que el Guadalquivir deshace con sus ondas; escuchad esos cantares andaluces tan llenos de melancolía y sentimiento, ¿qué es todo esto? Un fragmento de fantásticas creaciones, una nota que arrancada de aquellos calados agimeces aún vibra, se extiende y ondula para no morir jamás.

La Arabia yace sumida como en un sueño funeral, esperando que la voz de otro profeta rasgue con su acento las losas y los sudarios que encubren sus pasadas pompas.

Aquellos valerosos hijos del Islam sólo conservan el tesoro de sus creencias, y errantes por los desiertos, cuyos atronadores ecos repitieron en lejanos tiempos los gritos formidables del combate, arrastran precaria existencia, aunque aun conservan algunas ciudades que parecen hundirse lentamente al verse rodeadas de tan espantosa soledad; aún se ven en sus cúpulas y en sus torres las medias lunas, terror antes del mundo y que hoy ni siquiera despide el más leve y fugaz destello, apareciendo como empañadas por el último suspiro de Granada que hasta ellas llevaron los aires, fúnebres mensajeros de la fatalidad.

El árabe que antes montaba su caballo y recogía su tienda para aprestarse al combate, ha dejado tras sí una raza que parece condenada á llorar como el pueblo indio su inmensa desventura y á quien la ambición europea pretende despojarle del terreno en donde duermen sus mayores y en donde yacen en la muerte del olvido y del dolor los brillantes girones de aquellas sus triunfantes banderas tantas veces cubiertas de laureles y tantas veces acariciadas por las brisas rosadas de la victoria.

¿Qué definición merece la política inglesa en el pueblo árabe? ¿Cómo nombrar una actitud casi odiosa y repulsiva? La única definición es esta: ambición y astucia escudadas por la fuerza: el nombre que cuadra á esa conducta es tan sólo una: tiranía; y la absoluta definición de todo ese encadenamiento de sangrientas hecatombes; de esa acumulación de desgracias de que fueron víctimas gloriosas Gordon y Stevoart y de que está siendo infeliz esclavo un pueblo desvalido; de esa guerra que atrae conflictos y diezma ejércitos; de esa lucha espantosa ayudada por la peste y por el rayo, tan sólo puede hacerse una única y absoluta; el Sudán y el Egipto son las rocas en las cuales andando el tiempo se estrellará el imperio británico como se despedazaron los pendones y las águilas napoleónicas en Waterloo y en Bailen; la India es la parte vulnerable de la monarquía de Leonor de Aquitania y Ricardo III.

Suena la voz de un nuevo profeta llamado el Madhi y tras él corren delirantes ciudades enteras; pero ese profeta no es Mahoma y ellos ya no son lo que fueron; en medio de su desesperación quizá aspiren á levantar lo que cayó, pero ¡ay! ese profeta y ese noble anhelo son dos cantos más que sin saberlo añaden al poema de sus desgracias.

Los judíos nunca formarán una nación ni nunca tendrán un hogar; ¿quién sabe si la providencia reserva ese mismo destino al pueblo árabe? Jerusalem cayó bajo la maldición: Arabia, al levantarse una cruz que tuvo por calvario una torre, se hundió en la arena de sus desiertos: ¡Jerusalem! ¡Arabia! ¿Quién sabe si habéis nacido para contemplar vuestras tribulaciones mutuamente? ¿Quién sabe si vuestros hijos tienen un mismo origen en la pavorosa cuna de la fatalidad.

Quisiera deciros algo más; quisiera ser un

hado misterioso para resucitar á vuestros ojos tantas muertas maravillas y hacer desfilar en mágicas procesiones aquellas cohortes cubiertas de púrpura, nieve, oro y pedrería; si pudiérase evocar de la nada aquellas Zulimas y Moraymas de albos turbantes y adoríferos y embriagadores senos y os las presentaría con sus flotantes túnicas en medio de harenas, entre el porfido, el nácar y la seda cantando bajo las bóvedas de oro de los suntuosos alcázares ó recibiendo en las flores de sus labios mil y mil besos de amor..... quisiera levantar las ruinas de las mezquitas para enseñaros sus pavimentos de mosaicos, sus columnas de jasque y topacio, sus millares de lámparas, suspendidas de sus arcadas ú oscilando en las sombras de sus bóvedas como errantes estrellas ó fantásticos meteoros y conducirlos después por aquellas misteriosas calles sobre cuyas tapias cimbreaban las palmeras á la luz de la luna, mientras allá, á lo lejos, á la voz del Muezin parecían levantarse mundos de espectros que en interminables filas acudian á la oración..... pero me es imposible, lectores; os ruego me dispenséis que no posea ningún talismán para convertir lo descrito en fascinadora realidad: el pueblo árabe duerme bajo las ruedas del carro de guerra de Albión; dejémosle sumido en su letargo, presenciemos los acontecimientos y..... soltando la pluma os doy los buenos días.

MANUEL LORENZO Y D'AYOT
Madrid, Julio, 1885.

BRINDIS

¡España! ¡Patria! ¡Nación!.....
Querido Juan, hoy es día
De grata recordación;
Hoy flota al viento el pendón
Que ilustra la patria mía.
Es aquel pendón sagrado;
Es el pendón de los fueros,
Es aquel pendón morado
Vencido, mas no domado
Que alzaron los Comuneros.
Sus glorias quiero cantar,
A fuer de español, que aquí
Sus culpas vino á pagar;
No pudiendo yo brindar
Si hay brindis, brinda por mí.
AL PENDÓN DE CASTILLA

¡Salud, ilustre Pendón!
Entre arrayanes de gloria,
Hoy me recuerda tu historia
La historia del gran Colón.
¡Cual late mi corazón!.....
Por tus proezas gigantes,
En la patria de Cervantes
Que tanto lauro atesora,
Aún nos alumbró la aurora
Todavía, ocho horas antes.

Patria querida, mi ser
Cien veces leal te di;
Triste y olvidado aquí.....
Ya no te volveré á ver;
Si el eterno padecer
Lograra truncar mis planes.....
Recordaré, que hay Guzmanes
Que en la historia resucitan;
Que, nada en fin, necesitan
Pizarros ni Magallanes.

¡Legaspi! ¡Goyti! ¡Salcedo!
Como buenos pelearon,
Y con denuedo triunfaron
Sin saber que existe el miedo:
Y yo que á ninguno cedo
En amor patrio, quisiera
Que otro Limahong pidiera
De Filipinas la llave,
Pues hoy como ayer, ya sabe
Que el pueblo español le espera.

Necesitó España un mundo:
Quiso su suelo agrandar
Y un mundo logró arrancar

Al Océano profundo.
¡Carlos! ¡Felipe segundo!...
El cénit son de la gloria.
No recuerda la memoria
Edad de más poderío;
Llenan su poder y brío
Los anales de la historia.

Con el tiempo cambia todo;
Todo cede ante el progreso,
El ideal, que profeso,
Sin ver la forma ni el modo.
La patria que venció al godo;
Que nunca domó el romano;
Que castigó al africano:
Que supo un mundo encontrar,
La puede simbolizar
Sólo el león castellano

.....
¡¡¡Salud, ilustre Pendón!!!
Entre arrayanes de gloria,
Hoy me recuerda tu historia
La historia del gran Colón.
¡Cual late mi corazón!...
Por tus proezas gigantes,
En la patria de Cervantes,
Que tanto lauro atesora,
¡¡¡Aún nos alumbró la aurora,
Todavía, ocho horas antes!!!

JOSE ALVAREZ SIERRA

EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

(Continuación)

En nuestros anteriores artículos hemos expuesto la inmensa riqueza que guarda en su suelo nuestra rica posesión del extremo Oriente, hemos tratado de demostrar el criminal indiferentismo con que la metrópoli mira la riqueza aquella, cuando tanto beneficio podía esperar de su absoluto desenvolvimiento.

Se ve, se palpa, no hay nada de problemático en cuanto hemos dicho; y en cuanto á las claras puede verse y palpase en aquella región; es un axioma para todo el que á Filipinas conozca el que en vez de resultar en todos los presupuestos, cuando no déficit, nivelados los gastos con los ingresos, era lógico que hubiera un notable sobrante, que las cajas del Tesoro nacional recibieran del Archipiélago un estimable veneno de riqueza.

Vamos hoy á tratar el asunto capital; el verdadero motivo de la miseria de aquel pueblo, que, al agitarse por la fuerza de las conmociones geológicas, no parece sino que protesta de que en sus entrañas permanezcan despreciados por el hombre inmensos filones de riquísimos metales, y en donde la Naturaleza, al asolar con sus ciclones sus montes y campiñas, parece lo hace indignada de que el hombre no aproveche sus prodigiosos tesoros de vegetación.

El estudio de las razas que pueblan aquellos extensos territorios sería curioso, pero demasiado largo para acometerse en un trabajo de la índole del nuestro; entre los habitantes de las islas que se hallan en estado salvaje vemos puntos de contacto en religión y en costumbres, con otras razas moradoras de países lejanos.

El igorroto, por ejemplo, se pinta en las manos una figura semejante al sol, como hacen las mujeres de Nuka-Hiva, de las islas Marquesas.

La raza que se ofrece á la observación como primitiva es la de los negritos, degenerada hasta lo sumo y en camino de su desaparición, toda vez que apenas si hoy llegaron á 20.000 individuos.

Su estado montaraz deja, sin embargo, comprender que hay en él el germen de un estado progresivo, su idioma está mezclado ya con el de otras razas, entendiéndose perfectamente los salvajes de Meriveles y Auyat con los tágalos y los de Camiluin, con los de Pangasinan; hay quien cree, no con falta de funda-

mento, que son comunes algunas raíces así como resulta idéntica su numeración.

Descendiente del negrito se encuentra al igorroto ó infiel superior en todo á aquel, á pesar de que su vida difiere poco.

Ocupan los igorotes un vasto territorio comprendido entre *Pangasinan* y las misiones de Ituy.

Su fisonomía típica es el color moreno, facciones pronunciadas, ojos negros y grandes y cabello largo y espeso; de mediana estatura pero buen desarrollo muscular.

Su alimento lo constituye el *camote* (batata), el *palay* (arroz) y las carnes de carabao y cerdo, habiéndolos también antropófagos.

Su traje lo constituye un *baac*, (calzón corto, como los de baño) hecho de corteza de árbol ó tela, y una manta al hombro, plegada ó suelta; las mujeres una especie de chaleco abierto por delante, atado con cordones y la manta que les llega á la rodilla.

Sus hogares son de *cogon* (caña) sucios y sin otra luz que la que por la puerta penetra.

Diestros en el manejo de las armas, es de su predilección la lanza que usan como arma arrojada; no están tan duchos en el ejercicio del arco como los negritos, pero la lanza que parte de sus manos volando como la flecha, rara vez deja de dar en el blanco.

Su alimentación, sus costumbres y todos los actos de su vida, les hacen repugnantes, mas aún cuando se les ve asquerosos y llenos de enfermedades cutáneas.

Los *Buriks* habitan las montañas comprendidas entre la provincia de Ilocos Sur y la sierra central.

Esta raza se diferencia notablemente de la anteriormente descrita, pues es mayor su robustez, son más ricos en atención á ser mayor su asiduidad para el cultivo del arroz, del que poseen buenos campos con excelente regadío, obteniendo dos cosechas anuales; y por el mucho ganado que crían.

Su ilustración, sin embargo, es poco más adelantada; ellos se *embijan*, esto es, se pican primero y se pintan el cuerpo á manera de cota de malla y en las piernas se semejan cullebras enroscadas.

En el territorio que dominan se encuentran muertas, toda vez que ellos no saben apreciar las en todo su valor las minas de oro de *Juync* y la de cobre de *Yamcayan*.

Los *Busaos* ocupan los montes de *Signey*, al Norte de los *Buriks*.

Son de carácter bondadoso y apacible; se pintan únicamente los brazos en que se ponen flores; en las orejas se cuelgan grandes aros ó pedazos de palo, á fin de imprimir peso bastante para prolongar la ternilla inferior de la oreja hasta hacerla llegar cerca del hombro, en lo que vemos una semejanza con las tribus primitivas de las islas de *Kanikoro*, *Tahiti* y otras del Pacífico.

Tienen buenos pueblos y grandes siembras de arroz.

Estos, además de las prendas del vestido que indicamos anteriormente, llevan un casquete semejante á un solideo, hecho con *bejuco*.

Los *Itetapanes*, que habitan al Este de los *Busaos*, son repugnantes.

Pequeños de estatura, de color muy oscuro, nariz gruesa y chata y ojos negros y redondos.

Estos usan también el casco pintado de rojo y una capa de hoja de palma.

Los *Tinguianes*, que por sus morigeradas costumbres son indignos de que se les considere salvajes, ocupan un vasto territorio enclavado en los confines de la provincia de Ilocos Sur y de la de Abra.

Su color más blanco que el de los anteriores, la configuración de su cráneo, sus facciones y aun sus trajes, tienen mucha analogía con los chinos, de quien quizá acertadamente se les considera mezcla.

Sus mujeres usan vestido con bandas bordadas de blanco y rojo, una cinta ancha ceñida á la cabeza, brazaletes y ajorcaas en los tobillos.

Son aseados y un tanto aficionados á la

etiqueta; de carácter pacífico y tratable, ha cendosos y tributarios del gobierno español.

Su riqueza consiste en grandes siembras de arroz y abundantes ganados.

Como á pesar de su mayor grado de ilustración, no lo están lo suficiente á poder sustraerse de supersticiones, ellos tienen quizá como la mayor, la de mirar con un respeto ciego al que duerme y la más terrible de las maldiciones que puede oírseles es: *que mueran durmiendo*.

Vecinos de estos pacíficos indios encontramos una raza diametralmente opuesta.

Los *Guinaanes*.

Poseídos de un valor salvaje y con los hábitos de la traición y la crueldad, son los encarnizados enemigos de los *Tinguianes*, con quienes sostienen una continua guerra á muerte.

Los Ifugaos, otra raza más perversa aún, domina el territorio enclavado al E. de las misiones de Cayan.

Estos, con todas las malas cualidades de los antes nombrados, tienen la del pillaje y el robo.

Tienen grandes siembras de arroz; mas á pesar de ser esto suficiente á proporcionarles una vida tranquila y desahogada, su instinto malvado les lleva á los caminos, ponerse al acecho de los pasajeros y matar á cuantos pueden, cayendo sobre ellos como hambrienta jauría de lobos; les cortan la cabeza, chupánles el encéfalo y conservando el cráneo para trofeo, pues el mejor adorno de sus moradas es el mayor número de calaveras.

Sus armas son: lanza, flecha, bugia, aliva y lazo.

Para cruzar su territorio precisa á los viajeros, que de Cagayan á Nueva Vizcaya cruzan, á reunirse en caravanas de ochenta á ciento, con más su correspondiente escolia.

De todo esto se deduce que aquel país, que se llama posesión española de la India, ó es española nominalmente, toda vez que los salvajes, hijos de una religión idólatra y de la antropofagia, son absolutos dueños de la mayor parte del territorio, ó si es todo de España, le cabe la enorme responsabilidad ante la civilización del siglo XIX de tener súbditos que nada la respetan; que con nada contribuyen á las cargas de la nación; que á nada se someten de lo que en leyes, educación, etc., está mandado á los demás españoles, y que se alimentan de sangre humana.

No se necesita ser estadista para que se comprenda que unos cuantos años de esfuerzo y energía darían por resultado inmensos beneficios al Tesoro nacional y mayor esplendor á España.

R. ORTÍZ Y BENEYTO

LA GRAN GUERRA

I

Sadowa

¿Fué estrategia ó fortuna? ¿Fué combinación ó casualidad?

Éntanos hoy deseo de echarla de militar, y aunque de milicia poco entendemos, como quiera que el monstruo insaciable que se llama público—y no se incomode, que el epíteto no es hoy disfraz—reclama siempre algo que devorar, allá van unas cuartillas á la buena de Dios, y enmiéndelas quien pueda y quiera, en lo que haremos gran honra para nuestra humilde personalidad y provecho para nuestra mediana ilustración.

En tiempo de Aníbal los ejércitos se formaban en masa y en pocas líneas. Elefantes y tropas ligeras encargados de quebrantar al enemigo, distaban poco del grueso que debía decidir la acción, y á la vista y enteramente bajo la mano estaban las reservas, que, colocadas detrás, debían hacer el último esfuerzo táctico sin otro trabajo que avanzar.

Hoy se empieza una batalla á la que deben concurrir dos ó tres ejércitos que han seguido líneas de marcha perpendiculares y aún opuestas, y se empieza, no sólo sin hallarse asegurada la unión de tales ejércitos—como sucedió en Sadowa,—sino aún sin haberse avistado siquiera y enviando á la ventura

avisos, como sucedió en Sadowa también, y también en Waterloo.

Que Moltke es un gran extratético nadie lo duda—y librenos Dios de criticarlo,—pero, repetimos, nos hemos propuesto meter nuestro cuarto á espadas y lo hemos de conseguir.

También Napoleón era un gran extratético, del cual Moltke ha copiado la gran marcha combinada sobre Ulma, aplicándola en Bohemia y en el Rhin con masas mucho mayores y teatros más reducidos; y, sin embargo, aquel cometió faltas que todos los autores reconocen. Conste, pues, que se puede ser un gran general cometiendo graves faltas, y que se pueden reconocer éstas por quien sólo sea una medianía y aún una vulgaridad.

Consideremos los movimientos extratéticos que precedieron á la batalla de Sadowa.

El general Vogel de Falkenstein, 50.000 hombres se preparan á invadir el Hannover y á impedir la reunión de los sétimo y octavo cuerpos federales. La otra masa prusiana, la principal, fuerte de 250.000 hombres, distribuida se halla en tres ejércitos que tienen por base de operaciones los desfiladeros de la Bohemia: el del Elba, que manda el general Bittenfeld, fuerte de 45.000 hombres, en Torgau; el segundo ejército, con 90.000 hombres, en los alrededores de Goerlitz, dirigido por el príncipe Federico Carlos; y el tercer ejército, á cuyo frente se halla el príncipe real, concentrado en las inmediaciones de Schweidnitz, con una fuerza de 123.000 hombres y 350 piezas. Un cuarto ejército de reserva se organiza al propio tiempo en Berlín á las órdenes del general Mülbe.

La base de operaciones forma un extenso cuadrante, cuyo centro viene á estar entre Sadowa y Gitchin. Hay caminos en gran número que ofrecen comunicaciones fáciles, y puede calcularse que en una semana todas estas masas pueden efectuar una marcha convergente desde la base sobre el centro del arco.—Perfectamente.

El 15 de Junio de 1866, el ejército del Elba sale de Torgau y ocupa á Dresde el 19, aproximándose por tanto á la base de operaciones. Del 19 al 23, este ejército prosigue su movimiento, quedando ya en los días 21 y 22 establecido en los alrededores de Neustadt.

El segundo ejército toma dos líneas principales; una parte se dirige también sobre Dresde por Boutzen, otra marcha directamente hacia Zittan, donde el 22 queda casi concentrado. El tercer ejército permanece siempre en las proximidades de Schweidnitz.

El movimiento general combinado viene á representar una especie de conversión sobre la base de operaciones, haciendo de ala en marcha el ejército del Elba. Replegados los sajones sobre Bohemia, sin disparar un tiro, puede decirse que hasta el 23 de Junio no empieza la verdadera campaña, pudiendo considerarse los movimientos citados como preparatorios. El tercer ejército se aproxima á última hora á la frontera, y casi la alcanza entre Liéban y Goatz en la fecha citada.

Del 23 al 27 el ejército del Elba avanza desde Neustadt hasta Munchengröetz á orillas del Iser; el segundo lo efectúa en cinco columnas desde Zittan hasta Podol; de modo que en dicho día 27 ambos ejércitos, con un total de 130.000 hombres, amenazan de frente y de flanco al general austriaco Clam-Gallas, que, con solos 60.000, se encuentra detrás del río entre Yung-Builan y Podol. Este general se retira sobre Gitchin, y el 29 sostiene un serio combate con bastante buen éxito, no obstante lo cual abandona el campo á consecuencia de órdenes recibidas de Benedeck.—Ya aquí empieza á notarse lo anómalo é indeciso de la defensiva austriaca.

Mientras tanto el segundo ejército inicia su movimiento el 25. Avanza en tres columnas desde Glatz, Neurode y Liéban. Su primer cuerpo es derrotado en Frautenau, y la izquierda obtiene un triunfo en Nachod y otro en Skalitz. ¿Qué juicio puede formarse en estos momentos del éxito de la ofensiva prusiana?—Que venga Moltke y lo diga.

Las fuerzas reales derrotadas han sido en Gitchin y Frautenau; vencedoras resultan en Skalitz y en Nachod. Pero la victoria de Gitchin, utilizada hábilmente por un adversario decidido, podría convertirse en desastre completo del ejército del N. mientras que el revés de Frautenau podría, si las fuerzas del general Gablentz fueran oportunamente reforzadas, impedir completamente la unión de las dos masas prusianas.—¿Qué habría ocurrido entonces?

¡Ah! El ejército austriaco cayendo en masa sobre

Gitchin antes del día 1.º de Julio, mientras que una respetable reserva mantuviera y aun agrandara durante dos ó tres días el boquete abierto en Frautenau en la línea prusiana, impidiendo la aproximación de los ejércitos, siquiera durante el tiempo suficiente para que los vencedores de Gitchin vinieran á paralizar la acción del segundo ejército prusiano.—Tales rápidas y decisivas maniobras habrían ciertamente ocasionado el más rápido y decisivo triunfo para el Austria.

¿Qué faltó, pues, en aquellos momentos?—Un general y organización faltaron á las tropas imperiales.

Pero no adelantemos consideraciones.

Ello es que Clam-Gallas, sin ser auxiliado, retrocede con sus 60.000 hombres sobre Horitz el 29, y el 2 de Julio se encuentra detrás del Bistritz; los cuerpos segundo, tercero, cuarto, sexto, octavo y décimo austriacos; algunos de ellos batidos en Nachod y Skalitz, otros triunfantes en Frautenau, pero faltos de auxilio como Clam-Gallas en Gitchin, se replegan también frente á un enemigo que más se crece mientras más flojedad é indecisión encuentra; los batidos con las bajas naturales, los vencedores con las que les costó la victoria, más los rezagados y prisioneros inevitables en sus precipitadas retiradas, el ejército austriaco, en fin, con más de 30.000 bajas, ocupó el 2 de Julio la posición de Sadowa, detrás del Bistritz, con la moral ya perdida, el cansancio y la extenuación en los cuerpos y la incertidumbre y la preocupación en las almas.

II.

Observemos ahora el diferente aspecto que en tres días—desde el 28 al 2 de Julio—hubieran podido ofrecer las operaciones estratégicas si el Austria hubiera tenido en Bohemia un general de corazón y cabeza—tal vez el archiduque Alberto, el insigne vencedor de Custoza—y un ejército maniobrero y organizado.

Al verse este hombre atacado en Podol el 27 de Junio y al par en Nachod y Frautenau, es decir, por el N. y el E., hubiera muy bien comprendido, si friamente analizara los hechos, que dos grandes é incontrastables masas desembocaban simultáneamente por los desfiladeros de la Bohemia. Su ejército estaba colocado en medio, por la casualidad y la fortuna, y todas las ventajas de una posición central estaban—como el mismo Moltke lo ha reconocido—en aquellos momentos de su parte.

Ahora bien, había que obrar rápidamente, con toda la premura que requieran tan críticas é importantísimas circunstancias. Veinticuatro horas perdidas, un sólo día de vacilación ó inactividad, siquiera una lentitud en las maniobras, podían repitiendo la conocida historia de Quatre Bras y Grouchy, dar al traste con tan delicadísimas operaciones. Era preciso imitar la gimnástica de Napoleón en Montereau y Montmirani; era preciso aplastar, destrozár á una de las dos masas prusianas antes que se apercebise la otra, aniquilando después también á esta última, y en dos ruidosas y decisivas victorias el Austria tal vez se habría visto libre de enemigos, la Bohemia evacuada, los desfiladeros convertidos en cementerios de prusianos, y el camino de Berlín, libre y expedito, abierto á los vencedores, que habrían impuesto su voluntad á la Europa.

¡Tal es el terrible juego que en esta moderna época decide la suerte de las naciones! Dos días, en vez de perdidos aprovechados, un hombre y una preparación, dan en estos tiempos el imperio del mundo. ¿Qué diferencia de la moderna guerra á la del tiempo de Aníbal y Alejandro!

¿Y qué era preciso para haber realizado tal cambio?—Veámoslo.

Dos maniobras podían haberse efectuado—no simultáneas ni sucesivas, entiéndase bien, sino á elegir una de las dos:—ó reforzar en oportunidad al general Clam-Gallas en Gitchin con el cuerpo procedente de Miletín, para luego, al día siguiente ó al otro caer con el grueso de las fuerzas sobre el primer ejército; ó abandonar la izquierda á su suerte, sostener en oportunidad á Gablentz en Frautenau, impidiendo desde luego la aproximación del segundo ejército y dar á éste batalla con todas las fuerzas disponibles, es decir, con cinco ó seis cuerpos reunidos, bien en la línea del Aupa, ó donde hubiera podido ser.

Cualquiera de estas dos maniobras requería, repetimos, obrar con celeridad y firmeza, sin la menor

duda ni vacilación. El general Benedeck intentó las dos, pero con indecisión, y, lo que sucede siempre en tal caso, no obtuvo éxito en ninguna. Al empezar el combate de Gitchin el general Clam-Gallas recibió orden de mantenerse firme, en la inteligencia de que sería apoyado por el tercer cuerpo y luego por el grueso del ejército, y, con efecto, á la tarde, después de quedar victorioso en sus posiciones, recibía contra-orden de retirada. El movimiento sobre el E. se ordenó también, y á poco fué suspendido á causa de las malas noticias de Frautenau, donde el décimo cuerpo austriaco, victorioso el primer día, fué luego derrotado por falta de auxilio, teniendo á su espalda el cuarto.

Así, los cuerpos austriacos, vacilantes y perdiendo los preciosos instantes en inútiles marchas y contramarchas, no se opusieron nunca sino aisladamente al empuje de fuertes masas, que avanzaban con osadía y con la confianza del número.

Claro es que, perdidas ya el 30, gracias á la aproximación mútua de los prusianos, todas las ventajas estratégicas que la posición central ofrece anteriormente al ejército austriaco, á éste no le quedaba entonces más recurso que concentrarse detrás de Bistritz y aun mejor hubiera sido en el ángulo que forman el Elba y el Adler, para dar una batalla defensiva que decidiera la suerte del Austria. Pero, como dice el general Molke, «las ventajas estratégicas desperdiciadas, desaprovechadas tan lastimosamente por el ejército austriaco, iban á convertirse sobre la marcha en inconvenientes tácticos», como inmediatamente se comprende al fijar la vista en el mapa y ver que, cualquiera fuese la posición elegida por aquél para defenderse, iba á ser atacada de frente y de flanco.

Dos palabras tan sólo sobre las operaciones tácticas. Por difícil que á primera vista aparezca la situación de un ejército atacado casi simultáneamente en su frente y su flanco derecho, todavía el general Benedeck hubiera podido esperar la victoria si la posición hubiese sido ocupada á tiempo—con dos ó tres días de anticipación, cuando menos,—y convenientemente fortificada. Si se tiene en cuenta, en efecto, que las fuerzas eran casi iguales y que los trabajos de fortificación hubieran acrecido en gran modo las de los austriacos, permitiéndoles disponer de 100.000 hombres después de dejar perfectamente guardada la posición con 150.000 é impedir de tal modo todo movimiento envolvente que amenazase sus comunicaciones, se verá que la situación no habría sido de ningún modo difícil.

Pero los movimientos antagónicos, las marchas perdidas y vacilantes de los días anteriores, las indecisiones extratácticas, en fin, combinadas con el vigor de la ofensiva prusiana, de una ofensiva sin tregua ni reposo, hicieron que la mayor parte de las tropas austriacas llegasen la noche antes de la gran batalla á la posición de Sadowa, de modo que, no sólo fué imposible toda fortificación seria, sino hasta escaseó el tiempo para el preciso descanso. Así, al sonar los primeros tiros aquel día tan infausto para el Austria, ni aun siquiera se había rectificado el orden de batalla; los cuerpos estaban en movimiento para ocupar las definitivas posiciones, y la heroica división Fransecki, al pasar el Bistritz y atacar en la amanecida del 3 de Julio el celeberrimo bosque de Maslowed, sólo halló en los primeros momentos un batallón austriaco defendiendo aquella posición tan principalísima é interesante.

Y como no es lo mismo tomar un bosque que defenderlo, gran parte de la derecha austriaca hubo de comprometerse luego, sin éxito alguno, contra la división Fransecki, descubriendo de tal modo el flanco derecho del ejército ante los 100.000 hombres del príncipe Federico Guillermo.

Perdido el bosque y roto el flanco derecho, el esfuerzo todo de las reservas, tardíamente enviadas por Benedeck, fué tan inútil como los sinapismos en los piés insensibles de un moribundo. ¿Qué puede esperarse de tropas que sólo han visto retroceder, y que con la moral ya perdida se envían á restablecer un desastre?

**

No, como aquel maniático que decía: «La batalla de Lérida no se debió perder», pretendemos haber dado con las verdaderas causas del desastre de Sadowa. Escribimos lo que nos ocurre, sin pretensión alguna, y como todo suceso reconoce causa, procuramos á nuestro modo investigarla.

Respecto á las preguntas con que encabezamos, creemos que Moltke habría empleado otra estrategia

muy distinta si Napoleón hubiera estado en Bohemia el 66. Pero como indublemente no hay estrategia sin hombres, y todo cuanto se escriba en abstracto es inútil, creemos que el principal mérito de aquel gran genio consiste en haber apreciado exactísimamente las circunstancias puramente humanas, que eximían de todo peligro á su atrevido y temerario plan, ofreciendo cubrir con los laureles del éxito aquella gran locura militar.

MANUEL MONTERO Y RAPALLO.

PEPITA

Amigo lector, yo no puedo remediar el ser furiosamente romántico, en el sentido clásico de la palabra, en el sentido de exagerador de los sentimientos. No hago que mis heroínas, simples modistas, se casen con príncipes, por ser procedimiento usado y sacado de quicio entre los novelistas de á cuartillo de real la entrega; pero hago más que eso, no pinto una sola mujer que no sea á lo menos baronesa.

Esto da suavidad y perfume á la presentación. A las señoras de la clase media hay que lavarlas casi siempre para evitar contradicciones entre la vista y el olfato.

La aristocracia ya no conserva su prestigio más que en las novelas. Pone el tinglado de su imaginación el autor delante de los lectores, enciende las candelillas de su talento, descubre las cortinas de sus humanidades, presenta en medio del retablo una marquesa y el público entero se relame los dedos exclamando: ¡Qué buen gusto; cómo me voy á divertir!

Presentad una villana harta de ajos, mal oliente, con dejo á trasnochada, y entonces se necesita la pluma de Cervantes para interesar; de ese señor, que, como decía un gran crítico amigo mío con énfasis ridículo y confundiendo los tiempos, no llegó á ser ni siquiera académico.

De manera que soy romántico, porque ahorra tiempo y facilita la presentación de las señoras, como soy partidario del régimen de mayorazgos, porque contribuye poderosamente á que en cada familia no haya más que un tonto.

Frase que en realidad no es mía, aunque acepte el concepto, sino de un autor inglés, cuyo nombre me guardaré bien de citar, para que no denuncien este artículo.

Basta de preámbulo y vamos al cuento.

Erase que se era una marquesa joven, bonita, graciosa, descocada, emprendedora, algo sensible, fina de remos, delgada de cintura, simpática y bien vestida. Era natural de Madrid, de hasta veinticinco años de edad, casada con un marqués melencólico, de los que no conservan de sus abuelos más que el bigote y perilla de nuestros tercios flamencos y la estupidez de aquellos valerosos soldados. Tenía por oficio las labores de su sexo y... el divertirse.

Además sabemos que gasta cédula personal de diez duros, lo que indica bien á las claras que ella ó su esposo tienen buena renta.

¿Por qué soy yo el mejor amigo de la marquesa de Antella? (Este es el título; se me había olvidado). ¿Por qué conozco sus secretos más íntimos, sus pequeñeces, sus grandezas, las golosinas que muerde y los *beetfeack* que devora con aquellos menudos dientes, que Dios conserve? ¿Por qué?

Pues porque sí, y el que quiera saber más que vaya á Salamanca, que no están los tiempos para entretenerse en descripciones psicológicas.

Sucedió que un oficial de marina entró en amores con la marquesa de Antella, y que ésta, á quien los amantes no duraban más de quince días, le retuvo entre sus brazos (por cierto muy blancos y redonditos) más de tres meses.

El caso fué comentado entre los amigos de la marquesa con mucha vivacidad. ¿Qué tendrá el marino? ¿Había perdido su talento propio la Antella? ¿Qué desgracia! ¡La marquesa estaba perdida! Joven aún y enamorada, vergonzosamente enamorada. Porque tener un amante alegre el corazón, entretiene y divier-

te; es lícito pasear con él por las umbras alamedas del Retiro á la caída de la tarde, ó por la noche en la Castellana en coche cerrado, dejando el paso del caballo á la libertad del cochero. Hasta es lícito sorprenderle en su cuarto de soltero, en las primeras horas del sueño, á las diez de la mañana.

Pero retenerle tres meses acaparar tanto tiempo un buen mozo, es indigno. ¡Bah! la marquesa no se estima. Cualquiera diría que teme no encontrar fácilmente una sustitución digna.

A todo esto, la marquesa, que no se mordía la lengua, afirmaba que todas las mujeres envidiaban su felicidad, y serían capaces de robarle su hermoso y hervudo marino, bronceado por el sol y fortalecido por las salutíferas emanaciones del mar, si ella no fuera tan bonita.

Considérese, aparte de lo que consignado queda, que el marino era el hombre más inconstante y mujeriego que se ha conocido, y se comprenderá la batalla que Pepita (el nombre de pila de la marquesa) tendría que reñir con el marino, con el mundo y consigo misma.

Cuando algún pretendiente, colocado por el inexplicable suceso del marino á honesta distancia, decía á la de Antella:

—El marino le es á V. infiel, anda enredado con... (aquí el nombre de la amante, contestaba ella:

—Mejor; así sabrán por qué me dura tanto tiempo.

En cierta ocasión (yo tengo mucha confianza con ella), le pregunté si en el caso de enviudar se casaría con el marino.

—¡Calle V., por Dios!—respondió poniéndose roja como una cereza;—¿acaso estoy yo loca?

—¿No le adora V.?

—¡Como á Dios! pero por eso mismo comprendo que una vez casada me sería imposible faltarle... lo cual me haría pasar una vida aburridísima.

¡Y le quería, santo cielo! como le quería, estaba celosa del aire, de las mujeres que pasaban á su lado, de las que le miraban indiferentemente en el teatro, de todo... hasta de los adoquines.

A lo mejor se levantaba temprano, á las ocho, y su marido (ese pobre señor, como ella decía) le preguntaba:

—¿A dónde vas, Pepita?

—Al Retiro; á respirar aire puro.

—Bueno, hija, diviértete—decía el pacientísimo cordero—y dando media vuelta en el lecho conyugal se quedaba cara á la pared roncando como un bienaventurado, como un rey constitucional que cree en el amor de su pueblo.

¿A qué iba al Retiro Pepita? A celar al marino, á dar caza al picaro tras un ojeo minucioso por el laberinto, el parterre y el llano de los almendros.

El se ocultaba; buscaba los sitios agrestes en que la Naturaleza ha puesto tanto como la mano experta del jardinero. A lo mejor lo veía bajo un pino de los altos, verdes y copudos que están al lado de la cerca de la Exposición permanente, tumbado á la larga oyendo la historia triste de una corsetera que no podía pagar la casa. Otras veces se escondía en las covachas que hace la hiedra en el laberinto al desprenderse de los troncos de los álamos hecha en caja de esmeraldas, siempre tumbado, con la cabeza en el regazo de alguna jovenzuela de las que madrugan ó de las que no se acuestan.

¡Bribón! No se atrevía á entablar una lucha primitiva con aquellas... hembras, pero pasaba llorando junto á él, y él abandonaba su matinal conquista para jurarle que no quería más que á ella. Que aquellas muchachas eran su planchadora, su costurera, una paisana ¡pobrecilla! que buscaba dónde entrar de doncella.

—¡Eres el más tuno de los hombres!—gritaba ella con otras exageraciones.

—En cambio, tú la más hermosa de las mujeres.

Y así, entre pregunta y contestación, que-

ja y excusa, dejaban al marido, al pobre señor que almorzase solo y que murmurase á los postres.

—¡Pobrecilla, le gusta el campo! ¡Con tal de que no se haya embarcado!

—¿Si se pasó un año, en que Pepita no vivía ni descansaba; siempre angustiada y con sobresalto, llena de tristezas y de temores, cediendo á su marino, al cual encontraba tras de cada nueva infidelidad más digno de ser amado.

—Sabes que tu marino cenó anoche en Fornos con... aquella tan bonita que siempre va sola en su coche, le decía una amiga.

—¡Oh! si te digo que las mujeres se van á batir por él, contestaba Pepita, y se echaba á llorar, porque las lagrimas han sido siempre las más sublimes protestas de amor.

Pepita, con vida tan atareada, enfermó, enflaquecía por instantes, y hasta los médicos pensaron seriamente en recetarle un viaje para que cambiase de aguas y.... de amante.

Pero ella no salía de Madrid ni á tres tiros. ¿Cómo dejarle? ¡Lejos de él moriría! En Madrid no podía salvarse. Mejor moriría adorándole, á su lado, viendo como último trozo del mundo los ojos azules de su marino.

Aquello me llegó al alma; yo sé sacrificar-me por mis amigas. Fui á ver á Juan (el marino se llamaba Juan) y le dije:

—Juan, ¿esto es atroz!

—¿El qué?

—Lo que haces con Pepita. La vas á matar.

—¿Tienes razón, voy á ver si me corrijo; el caso es que la falto con mujeres que no sirven para descalzarla. Comienzo las conquistas llenas de ilusiones, y luego comprendo que ninguna de ellas merece el que yo robe un beso á Pepita. ¡Ea, vida nueva! Vas á ver un hombre constante.

Y lo fué, palabra de honor, siempre tras de ella afectuoso, correcto, simpático, alegre, decididor, no vivió más que para ella, en cuyas mejillas florecieron á poco las rosas de la salud, y á cuya boca retornó la púrpura.

—¿Qué tal Juan, marquesa?—le dije un día.

—Se va ajamando, ya no tiene éxitos en las mujeres.

Pasaron tres meses, y según se aseguraba de público, la marquesa llamaba pobre señor al marino, y se fijaba demasiado en un húsar de grandes bigotes y fuertes y membrudas piernas.

—Marquesa, ¿sabe usted lo que se dice? que el marino está enfermo.

—¡Pobre señor, cuánto lo siento!

—Yo creí á usted muy enamorada de él.

—Lo estuve; pero era muy fastidioso: figúrese usted que ignoró por un año los encantos de la variedad.

Al año la hablé, en casa del ministro de Marina, del pobre Juan, que se encontraba enfermo en San Lúcar de Barrameda, y ¡la ingrata, la infame! tuvo la avilantez de asegurarme:

—Que ya no recordaba ni su figura.

Ahora, jóvenes lectores, elegid la manera de tratar á vuestros amantes.

RAFAEL COMENGE

LA INSPIRACIÓN DE DIOS

Cuando en la noche solitaria, oscura de inquieto mar en la eterna llanura sus naves empujando el aquilón; luchando con la duda y la esperanza, siempre su vista fija en lontananza....

¿Qué soñaba Colón?

Al escalar del éter los espacios orlados de millares de topacios, que siempre en sombras del humano vió, volando con las alas del deseo, al genio colosal de Galileo

¿Que esperanza animó?

El audaz genovés, aquel piloto que no se arredra del furor del noto de su delirio por correr en pos,

y aquel que vió del sol la eterna calma llevaban en el fondo de su alma ¡la inspiración de Dios!

R. ORTIZ Y BENEYTO

LAS MEDIAS AZULES

En aquel tiempo dichoso en que yo tenía quince años, me ocurrió una escena ridícula que voy á referir ahora para ejemplo y escarmiento de incautos, como diría el arcipreste de Hita.

Es el caso, que yo, lector amigo, tenía enfrente de mi casa una vecina hermosa sobre toda ponderación; la diosa de la primavera puso en sus cabellos el color de la espiga sazónada; el alba adornó con vividos reflejos la purísima luz de sus ojos azules; era su tez blanca y sus labios muy rojos, de tal manera, que la boca parecía una amapola en un campo de nieve, si es que cuando hay amapolas puede haber nieve. Su cuerpo ¡ah, su cuerpo! era el conjunto de todas las delicias y de todos los encantos; un clásico afirmó que era trasunto fiel de la escultura griega; un poeta echóse á buscar en el Olimpo una diosa para compararla; un matemático creyó que su seno era el coseno de una raíz cuadrada, y un pintor aseguró que aquella mujer era el más terrible desafío de colores con que le había brindado la naturaleza.

En fin, bobadas de sabios y de artistas; á mí sólo me pareció una mujer rubia, manchada de siena en los ojos y en el promedio de las mejillas con mil puntos suspensivos; con los dientes apiñados; con tal gracia en el rostro, que su sonrisa aguijoneaba, y su mirada, una mirada húmeda, dulce y triste al propio tiempo, hacía daño en el corazón, dejándole, sin embargo, un gusto almibarado y cuasi amoroso, que yo disfrutaba sin saber por qué y sin que pudiera, claro está, apreciarlo ni definirlo.

Cierto día oí que el cura de la parroquia aseguraba á un tío mío con toda la formalidad de que es capaz un cura de almas que cobra mensualmente su prebenda, que si San Antonio hubiese sentido hundirse su sacratísimo cuerpo en aquel prodigio de curvas que constituían la personalidad de mi vecina, tal vez Satanás hubiera de alegría repicado la pandeleta en el infierno, cosa que, con perdón del padre de almas, encontraba yo ajena de toda ortodoxia, si bien motivada por las suaves ondulaciones de mi vecina.

Y para concluir de una vez con este prolijo retrato, diré por mi propia cuenta que aquella mujer original poseía unas medias azules, que á menudo, en el transcurso de las semanas, veía yo puestas á secar, colgadas de una cuerda que dividía el hueco de su balcón en dos mitades.

Y aquí entra el asunto y comienza la narración exacta de esta verídica historia.

Una tarde yo estudiaba retórica y buscaba medios ingeniosos de conocer por el continente el contenido, que es uno de los tropos que más hacen pensar á los adolescentes, y né aquí que las medias de la vecina vinieron á darme ocasión para reflexionar la definición de la metonimia, que así se llama aquel modo de expresar los conceptos.

Pendían las medias del cordelillo, estiradas, húmedas, goteando y movíanse á compás por los besos de la suave brisa, que sin duda por no saber en qué entretenerse, mecíalas á su sabor como madre amorosa á niño complaciente.

No estaba yo en edad de atar las observaciones que pudiéramos llamar traslaticias, y por eso no supe sacar otra consecuencia, sino que la vecina tenía dos palillos de tambor en vez de piernas; y considerando que los soportes eran menguadísimo para tan gran aparato de curvas como ella poseía allá por los altos de la cintura, tiré el libro, me eché á reír y tuve que apretarme los ijares para que no se me partiese el vientre.

¡Qué demonio, yo estaba flaco, flaquéisimo!

pero mis pantorrillas tenían cierta firmeza y su barriga de consejo más abajo de la curva. En cambio, ella ¡Jesús! dos cañas menuditas; más gordas eran las que servían para trasegar el vino. La vecina era un canario. Una mujer montada sobre alambres.

¡Y qué lastima, tan bonita, con los ojos llenos de sombras y las sonrisas preñadas de esperanza! Pero con las piernas flacas; dos espárragos paseando el tronco de la Venus de Milo. Así cuidaba ella tanto de que el aire no rizase la orla de su vestido, y aquellas manos blancas como hojas de magnolia, estaban siempre dispuestas á contener las demasías del viento.

¿Por qué no iba á pasear? ¿Acaso no podían sus piernas soportar el peso del cuerpo? Todas las mozas bailaban en las grandes fiestas del pueblo, y nadie había visto á la vecina hacer una cabriolé.

Herculano no (esto lo supe luego) había descubierto la *dama del pie de cabra*, un monstruo que se llevaba los caballeros enamorados al infierno, hija de Satanás, aunque sin cuerno y rabo. Aquello se comprendía; pero la infeliz vecina, honesta, beatona, santa, que no andaba trasnochando por las selvas para asistir á citas de caballeros del siglo XV; que por las trazas nada tenía que ver con el diablo, ¿por qué capricho de la suerte carecía de ese adorno necesario en toda mujer que se estima?

Y me reía como un loco viendo á la vecina andar montada en zancos naturales.

Pasaron los días y llegó San Juan con sus protecciones amorosas, y las niñas casaderas sumergieron huevos de gallina en vasos de agua y dejaron zapatos en el balcón aguardando que el Santo los llenase de flores ó de billetes amorosos. Mas como estos festejos y adoraciones de las núbiles del pueblo no excluían la fiesta seria de los pudientes de la villa, por la tarde la *dulzaina de Juan y Medio* anunció á las gentes que la procesión no tardaría en dar la vuelta á Villanegra.

Efectivamente, *Juan y Medio*, previa la venia del cura, preludeó una algarabía musical llena de notas que parecían carcajadas y alaridos; su hijo *Medio Juan*, le daba al atabul con toda la fuerza de que sus pocos años disponían, y los chicos del pueblo iban delante á guisa de batidores haciendo gestos, piruetas, saltos y boleos de acuerdo con la premura de la marcha y el compás de aquella composición de *Juan y Medio*, que parecía una conversación chismosa de viejas empecatadas.

De rato, en rato, *Perico el Oso* prendía fuego á un cohete volador, que, tras de detenerse un momento en las manos del pirotécnico, ascendía á las nubes digna y majestuosamente dejando una estela dorada tras de sí; allá en el cielo, ó detonaba con horrible estruendo, ó se partía en luces de colores vivos y hermosos.

Siguiendo con la vista el reguero de una de esas estrellas fugaces de la pirotecnia, mis ojos tropezaron con la repisa del balcón de la vecina. Como los vestidos domingueros tenían hace años el defecto de ahuecar demasiado por abajo, héte aquí que tropecé también con las medias azules, pero estiradas, erguidas, brillantes, recubriendo con amor todas las sinuosidades, ondulaciones, atrevimientos y redondeces de dos gordas y torneadas piernas.

¡Caramba! los palillos de tambor convertidos en nutridas curvas. Lo que creí espárragos largos y enjutos, pudiendo sustituir á las piernas de las *aguas fuertes* de Goya, aquella sobre todo cuyo mote dice: ¡Bien tirada está! ¡Las cañas trocadas, no en lanzas, sino en inflados globos macizos y resistentes!

¡Y la retórica, y la transnominación!

El libro me había engañado; el continente podía en esta ocasión tomarse por el contenido. Bromas do gente dedicada al bien decir.

Y como no era cosa de que yo me quedase con las dudas en la mollera, en cuanto acabó la procesión me fui á ver al cura, al de la cita de San Antonio.

—¿Qué te trae por aquí?

—Nada, padre.

—Algo traes tú, mala pécora.

—Pues venía á decirle á V. que no me sale ninguna imagen retórica exacta.

—No la observarás bien, muchacho.

—¿Quo no? Y aquí largué toda la *fazaña* de las medias azules.

Deleitóse el padre en la descripción de lo observado y aun hubo de decirme tras de embutirse media onza de rapé en las narices:

—De modo que, según tú, ¿la picara está de buen año?

Y levantó los ojos al cielo, como si esperase la proximidad del estornudo.

Pero aquellas narices ya estaban muy hechas al tabaco y no estornudaban ni para un remedio.

—¿De manera que los que nos enseñan, nos engañan?—Pregunté yo.

—No, hijo mío. Para eso, como para todo, la Iglesia tiene fórmulas dogmáticas. Los Santos Padres han dicho: *in dubiis libertas* (en lo dudoso, libertad). Y Santo Tomás cree que hay que ver las cosas y palparlas.

—Ya lo sé para otra vez, dije, y salí sin notar que el cura estaba rojo y yo acreditado de tonto con gualdrapas.

Lo cual te enseñará, lector amigo, á no pedir explicaciones indiscretas.

RAFAEL COMENGÉ.

FOLK-LORE

SUPERSTICIONES POPULARES

556.—Si se mira el número del billete que se juega á la lotería, no toca.

557.—Cuando la idea de un muerto nos persigue encarnizadamente, es que nos pide oraciones.

558.—Tener un pedazo de la cuerda con que se haya ahorcado á un hombre, da la suerte (a).

559.—La mujer que usa hábito de los Dolores, sale de él para ponerse luto.

560.—Cuando un perro hace un hoyo en el suelo presagia la muerte de una persona (b).

561.—La virgen del Sagrario, en Toledo, lleva en el hombro una salamanquesa de plata; por eso las salamanquesas en Toledo no son venenosas.

562.—Si una salamanquesa cae en un vaso, los que beban del agua que se eche en él se quedan calvos.

563.—A los cuarenta días de una gran niebla, llueve copiosamente.

564.—El que se pincha sin querer con una aguja, debe clavarla enseguida en el suelo para que el pinchazo no se le encone.

565.—Para que un borracho aborrezca el vino se le da en el café leche de cerda, en lugar de leche de oveja, cabra ó vaca. || También se le quita el vicio dándole á beber un vaso de vino que haya estado al sereno la noche del día de la Ascensión.

566.—Los dientes de leche que se le caen á un niño, deben tirarse al tejado, diciendo al hacerlo, así: (495, nota).

(a) «Les gens credules pretendaient autrefois qu'avec de la corde de pendu on échappait à tous les dangers et qu'on était heureux au jeu. On n'avait qu'à se serrer les tempes avec une corde de pendu pour se guérir de la migraine. On portait un morceau de cette corde dans sa poche pour se garantir du mal des dents. En fin, on se sert de cette expression proverbiale, *avoir de la corde de pendu* pour indiquer un bonheur constant, et les Anglais du menu peuple courent encore après la corde du pendu.—Migne: *Des Sciences Occultes*, I, 405.

(b) Vulgarmente se dice que la está abriendo el hoyo.—Esta superstición existe también entre los árabes. Burckhardt en su *Viaje á Arabia*, t. II, pág. 268, se expresa así, refiriéndose á Medina, la ciudad santa del profeta: «La mayor parte del pueblo cree que cuando un perro «aulla sin motivo en las inmediaciones de una casa, anuncia la muerte de algunos de los habitantes de ella. » Dicen que en el perro podría verse la terrible figura de Azrael, el ángel de la muerte, pero que la vista espiritual del hombre está turbia y oscura por razón de sus pecados. » La misma idea supersticiosa se halla en la India, según Temple (*Folk-lore Record*, III, part. 2.^a, 286).—En la creencia cristiana el perro es animal demoníaco, forma que con frecuencia reviste el diablo para aparecerse á los hombres, ó que toman los hechiceros para llevar á cabo sus maleficios V. lo que, á propósito de esto dicen Maury en su preciosa obra *La Magie et l'Astrologie*, pág. 176, 177, 196 y Gubernatis en su *Zoological Mythology*, part. I, cap. VI). Black, *Folk-Medicine*, pág. 190, da el siguiente medio para librarse del mal presagio: «If when one hears a dog howl he is disturbed (as if he is at all superstitious he should be), then should he take his left shoe off, spit upon the sole, place the shoe on the grate with the sole upwards and place his hand on the place he sat on when the dog howled. This simple ceremony, it is gratifying

Dientecito, dientecito,

te tiro al tejadito

pá que le salga más bonito (c).

567.—Los borricos marcan las horas con rebuznos prolongados y con otros más breves las medias horas.

568.—Cuando uno vuelve á su casa después de haber estado ausente de ella algún tiempo, debe llamar antes de entrar, para que el diablo, que está dentro, se retire.

569.—Cuando se viste á un niño de corto por primera vez, se le deben calzar los zapatitos en la iglesia, porque así anda más pronto y no se muere.

570.—Lo primero que se debe llevar á una casa al ir á habitarla es pan, sal y carbón, porque si no se hace así, sucede alguna desgracia.

571.—Para saber si se casará ó no una muchacha soltera, debe poner en el balcón ó la ventana, durante la noche de San Juan, una flor de cardo silvestre quemada y carbonizada; si á la mañana siguiente ve que ha retoñado, es que ha nacido para casada; si no retoña, morirá soltera (d).

572.—A un niño pequeño no se le deben cortar las uñas porque se le evita el crecer (e).

573.—Es malo poner dinero sobre la mesa cuando se está comiendo en ella.

574.—El que entra por primera vez en una iglesia obtiene la primer gracia que pida.

575.—Cuando hace gran viento deben tocarse las campanas para que cese (f).

576.—Es pecado muy grande echar al agua un mechón de pelo.

577.—Ver en sueños el cadáver de un pariente anuncia un nacimiento en la familia.

578.—Mirar fijamente al sol, es pecado.

579.—Cuando pasa un milano por cima de una casa, muere en ella una persona.

580.—Cuando una luz de aceite hace *panecillos* (mucho pábilo) señal que va á llover.

581.—Si llueve un día de boda, es señal de que la novia va á ser muy desgraciada y tendrá mucho que llorar en su matrimonio (g).

«to know, will not only save him from harm but stop the howling of the dog.»

(c) V. mis *Supersticiones médicas españolas* en el *Archivo per lo studio delle Tradizioni popolari*, tomo IV, página 269, nota á la sup. 38. La ilustrada revista inglesa *The Folk-lore Record*, tomo I, pág. 337, dice lo que sigue á propósito de esta creencia universalmente extendida en Europa y Asia: «Five-and-twenty years ago it was, and probably is still, customary for children in the county of Durham, when they shed a tooth, to cast it into the fire with a pinch of salt, crying:

Fire, fire, buru bone,
God send my tooth again.»

(d) En Bretaña las mozas solteras emplean con el mismo objeto la flor de cardo como instrumento de adivinación para saber si se casarán ó no en el año, pero sin asignar día determinado á la práctica supersticiosa (De Chesnel, *Dictionnaire des Superstitions*, col. 182).

(e) En Escocia: «*A child's nail must not be cut before it is a year old or else it will be tight-fingered.*» *Superstitions del Occidente de Sussex*, sup núm. 30.

(f) El viento excesivo es obra del demonio, manifestación demoníaca, testimonio de su presencia muchas veces. Todas las religiones primitivas han divinizado al viento, representándole como un ser terrible, dotado de fuerza extraordinaria, que ruje en la montaña, devasta la llanura, azota unos contra otros los árboles en el bosque, y pone en peligro la vida de los seres humanos, que no pueden contrarrestar su furia. En la mitología vasca el Basojaun es la personificación de ese poder siempre maléfico, que persigue á los buenos con sus asechanzas, y castiga á los malos también si llega á sorprenderlos en lugar á propósito para envolverlos en sus redes. Los pastores escoceses saludan respetuosamente los torbellinos de polvo que el viento levanta del suelo creyendo que son enjambres de brujas que van al sábado. En Bretaña se cree que las trombas de viento son obra del demonio que las empuja con sus cuernos, y cuando se levanta un viento contrario, los marinos bretones (Sébillot, *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, II, 366) le apostrofan duramente, le injurian, y escupan al suelo en la dirección en que sopla, y ya sabemos la significación del esputo contra los malos espíritus. Con tales antecedentes, la superstición se explica por sí sola; en la creencia católica, la campana está bendita, y su sonido, que llama á la oración, aleja al demonio, y aleja el demonio, el viento cesará. En las poblaciones rurales está muy en uso esta costumbre, que ha desaparecido ya de las grandes ciudades. Ocupándose en este mismo asunto un distinguido escritor catalán, D. Celso Gomis, dice: «Cuando yo era niño, allá por los años 1849 y 50, la chiquillería de Cervera, provincia de Lérida, cada vez que tocaban á tiempo cantaba la siguiente cancioncilla, acompañando el tono monótono y pausado de las campanas:

—Bon temps,

¿D' hont vens?

—Del cel

—Feste ensá que ja 't volem.

—Mal temps,

¿D' hont vens?

—Del infern.

—Feste enlá que no 't volem.»

(El rayo y las tempestades, pág. 19).

(g) En Irlanda se dice: «Happy is the bride that the sun shines on.» (*The Folk-lore Record*, IV, 199).

582.—El día de Todos los Santos por la noche, víspera del de Difuntos, es costumbre en Galicia aumentar la candela del hogar á fin de que quede gran cantidad de rescoldo para que los muertos—que según creencia popular vienen á visitar á los vivos después de la media noche—encuentren el brasero completo y la habitación caliente y puedan pasar la velada al amor de la lumbre en gratas conversaciones (h).

583.—En Ibiza (Baleares) cuando muere una persona, los que acompañan el cadáver depositan sobre el ataúd colocado en la fosa un pan por todos y dos *doppés*, equivalente á dos ochavos cada uno, con objeto de que tenga recursos para el camino (i).

584.—Siempre que un padrino coge en brazos á su ahijado, crece un grano de trigo.

585.—Cuando uno quiere saber la suerte que le reserva el porvenir, debe quitarse los zapatos de los pies, ponerlos en el pecho de una persona dormida y oír lo que ésta empiece á decir (j).

586.—Al que duerme con la boca abierta se le estropean los dientes.

587.—Cuando á una persona se le cae una pestaña y la guarda, verá á una persona á quien no ha visto hace muchos años.

588.—El niño á quien salen otros dientes antes que los dos incisivos inferiores, muere sin haber cumplido los siete años.

589.—Cuando una criada echa en el puchero de una sola vez toda la sal que necesita, ni grano más ni grano menos, es que se va á morir pronto.

590.—La primera *carota* (gorrita) que le ponen á un niño en Alcoy la lleva puesta hasta después del bautismo, y luego su madre la guarda cuidadosamente porque tiene la virtud de que cuando sortean los mozos para la quinta, el que lleva su *carota* en el bolsillo saca un número muy alto.

591.—Para que el destete de un niño no perjudique á éste, debe efectuarse en viernes.

592.—Persignarse estando acostado es malo, y el que lo hace se expone á quedarse muerto de repente.

593.—Oler una adelfa, puede producir un ataque de erisipela.

594.—Para que un gato tome cariño á la casa y no se marche de ella, se le untan las patas con aceite

(h) No caben, en el espacio reducido de una nota, las concordancias que podrían establecerse entre esta costumbre de nuestros aldeanos y otras similares existentes en todo el mundo. El culto á los muertos, germen de toda religión, según ilustrados sociólogos, y que por sí solo constituye la única religión de muchos pueblos que no alejan su pensamiento de las cosas terrenales si no es para amar ó temer los espíritus de sus antecesores, se halla en los dogmas de todas las creencias, desde la más rudimentaria hasta la que ocupa lugar más avanzado en la escala de la civilización. En todas estas creencias, el mundo de los muertos es un país del que se vuelve transitoriamente; sus trabas no son tantas que impidan á los que ya no son tornar á los lugares que amaron durante su vida y en los que viven ahora sus amigos. Las almas vuelven, y vuelven á hacer daño ó á recordar los días felices de su existencia. En la leyenda cristiana, los muertos no pueden hacer daño sin permiso de Dios; de aquí que los que vuelven al mundo lo hagan sólo animados de buenas intenciones, si el regreso se verifica el día 1.^o de Noviembre, consagrado por la Iglesia á los difuntos.

(i) Resto indudable de la superstición romana, los dos *doppés* que se depositan en el ataúd de los ibicenses recuerdan la moneda que los romanos ponían en la boca de sus muertos para que pagasen su pase por la laguna Stigia, y que se llamaba el denario de Charon. Perdida esta significación por la influencia del cristianismo, la disculpa que dan de esa práctica absurda nos transporta á edades más lejanas en el tiempo y en el espacio, á otros estados de cultura más distantes del nuestro, á esos pueblos primitivos que, admitiendo la muerte sólo como un cambio de vida, dejan á los cadáveres sus armas, sus caballos, víveres y municiones para el camino, y matan en su misma tumba á sus mujeres y esclavos para que le sirvan y acompañen y le honren en los nuevos países á que la muerte le transporta. Por lo demás, la práctica ibicense no es única en el seno de nuestras modernas sociedades; el cristianismo substituyó sus doctrinas á las doctrinas paganas, cuidando de transigir con ellas todo lo posible. Puede decirse que muchas veces, cuando comprendió que no podía luchar con la preocupación, se contentó con marcarla con su sello; así bautizó todos los espíritus familiares, substituyó los santos á los buenos genios, la Virgen á las buenas hadas, puso imágenes bajo todos los árboles que el gentilismo había consagrado, y en una palabra, no cambió nada en la esencia, aunque lo modificó todo en su forma. Respecto á la superstición del texto, dice Maury: «*Dans plusieurs communes du Jura, il y a quelques années encore, les gens de la campagne plaçaient sous la tête des morts une croix de bois à laquelle était attachée une petite pièce de monnaie... Dans le Morvan, les paysans continuent à placer une pièce de monnaie dans la main du défunt avant de l'enterrer.*»—(*La Magie et l'Astrologie*, 128 y nota.)

(j) El alma del hombre adquiere durante el sueño una gran lucidez, como si nada turbara entonces la claridad de su juicio. Esta es también una idea que se encuentra en todos los pueblos, y más en aquellos que por su estado de cultura se hallan mas próximos á la naturaleza.

el primer día que la va á habitar; el animal *huele* la huella de sus pasos y no se va (521).

595.—Para saber una persona si otra que está ausente la ha olvidado, cogerá dos hojas de cebada, las pondrá en cruz una sobre otra y las irá doblando entrelazadas en forma de cuadrado, después de lo cual se las pondrá en el cabello. A poco las quitará de allí, y si la hoja que quedó debajo sigue en su sitio, es que el amante no se acuerde de ella; si, por el contrario, aparece ahora encima, es señal de que no la ha dado al olvido todavía.

596.—Desde que se pone á Dios en el monumento (Jueves Santo á las diez de la mañana), no debe barrerse la casa, porque si se barre salen las brujas. Está tan arraigada esta creencia, que hay casas en que si dan las diez y está barriendo la criada se deja la basura donde está, en el mismo sitio, sin removerla hasta igual hora del Sábado Santo.

597.—Las tórtolas cantan tan tristemente porque desde que nacen tienen abierta una llaga en el corazón (1).

598.—Las golondrinas son negras, y tienen la pechuga blanca; se dice que llevan el hábito de la Virgen de los Dolores (m).

599.—Medir á un niño es malo, porque equivale á tomarle la medida del ataud.

600.—Los piñones tienen grabada la señal de una mano en su interior.

601.—Dos personas que en viernes dicen una cosa al mismo tiempo sacan un ánima del Purgatorio.

602.—Lavándose la cabeza con orines se cae el cabello.

603.—Se cae el cabello en tiempo de berengenas. || Y cuando cae la hoja.

604.—La mujer que tenga paño en la cara y quiera quitárselo se la restregará con el pañal en papado en orines de un recién nacido.

605.—Si á poco de morir una persona en una casa canta un pájaro es señal de que su alma se ha ido al cielo.

606.—Si una persona regala á otra una flor ó una planta que se marchitan, es que se va á morir muy pronto (n).

607.—El Sábado Santo, al toque de gloria, se pone á los niños pequeños en el suelo apoyados en la pared, se les deja sueltos y echan á andar.

608.—La moza soltera que el domingo de Ramos no estrena alguna prenda, no se casa en todo aquel año.

609.—El fin del mundo ha de ocurrir en domingo.

610.—Tres luces encendidas en una habitación son mal agüero, y debe apagarse enseguida una de ellas (o).

L. GINER ARIVAU.

CONSUELO

Crucé el inmenso mar, miré sus ondas

(1) Así se explica el pueblo lo triste y monótono de su canto

(m) Ya hemos hablado anteriormente del carácter sagrado de la golondrina en la leyenda cristiana. En Francia y el Piamonte la dan el nombre de *gallina de Dios*; en Alemania el de *pájaros de la Virgen*. En el Oberunthal se cree que ayudaron á Dios á construir el cielo. En casi todos los pueblos está prohibido causarles daño alguno.

(n) La idea de cierta solidaridad entre la vida del hombre y una flor ó una planta ó un árbol aparece muchas veces en la tradición popular. En varios cuentos del Brasil, los príncipes que van á probar fortuna dejan á su padre un naranjo, un limonero ú otro árbol cualquiera, diciéndole que mientras los vea lozanos no tiemble por ellos, pero si los ve secos ó marchitos corra en su socorro porque será señal de que su vida está en peligro. (Sylvio Romero: *Cuentos populares do Brazil*, páginas 22 y 73). Max Muller apunta asimismo esta idea, y compara cuentos indios, alemanes, y del centro América, en que la vida del hombre aparece en relación con la vida de una planta. La conclusión que deduce es importante:

«Solo tenemos—dice—dos modos de salir del embarazo »en que nos pone tal coincidencia: debemos admitir »que en época reciente ha habido cambios de ideas entre los colonos europeos y los cuentistas indígenas de »América, suposición que, á pesar de las dificultades »que ofrece no es, sin embargo, inadmisible; ó bien de- »bemos preguntarnos si no hay algún elemento inteli- »gible y verdaderamente humano en esta simpatía »supuesta entre la vida de los hombres y la de las »flores.»—*Essais sur la Mitologie comparée*, pág. 318 320 de la trad. fr)

(o) Dice De Chesnel acerca de esta superstición: «*Il est beaucoup de personnes qui attachent un présage facheux »á la circonstance de trois bougies qui se trouvent allumées »en même temps dans une chambre. Cette superstition existait aussi chez les anciens qui voyaient en cela, soit le symbole des trois parques prêtes á trancher le fil de la vie; soit les trois gueules de Cerbere, s'ouvrant pour aboyer au passage »d'une âme; soit, en fin, les trois furies se disposant á s'emparer de cette âme.* (Dict. des sup. col. 181).»

tranquilas, la luna que ríela entre el beso del agua y de la bruma y el arrebol de la temprana aurora y los encajes de nevada espuma que en prolongada estela iba bordando la tajante prora.

Ví del Egipto en el sagrado suelo moléculas de un sol, que candescente simulan lava de un volcán del cielo y majestuosamente erguirse la palmera del oasis bienhechor, cabe la fuente.

Ví del Indico mar, arrebatados rojos corales y preciosas perlas, y en los indianos bosques no surcados escuché la armonía del canto que lanzaban los alados trovadores, tan rico de poesía.

¡Me prosterné ante Dios! ¡Oh! cuán hermosa es la naturaleza,

surcando entre la noche silenciosa el movable sendero del abismo y con cuánta grandeza

se ofrece á un tiempo mismo en la inmensa llanura del desierto el grupo de palmeras que convida

como puerto de vida al naufrago infeliz de aquel mar muerto!

.....

Hubiera sido un culto en mi existencia el recuerdo feliz de esa jornada

si ya cuasi borrada no la hubiera en mi pobre fantasía

cual la luz de la luna nacarada borra la esplendorosa luz del día.

.....

¡Claros de luna!... de tu tersa frente el purísimo nimbo los supera.

¡Arreboles!... los hay en tus mejillas de eterna y apacible primavera.

¡Rayos de fuego!... lanzan tus pupilas candescentes raudales

y en el cielo de Egipto hay un sol solo y en tu cara hay dos soles tropicales.

¡Palmeras!... no las ví tan arrogantes que á tu esbeltez pudieran dar agravios.

¡Corales!... qué corales más hermosos que los dulces corales de tus labios,

avaros guardadores de un engarce finísimo de perlas, y de armonías que arrebata el viento,

¿cómo hallar ecos más arrobadores que los acordes ecos de tu acento?...

.....

R. ORTÍZ Y BENEYTO

INGLATERRA Y LAS ISLAS FILIPINAS

(Conclusión)

Le Temps lo dice: «Exportar del país toda la moneda de oro; el haber importado á las islas la inmensa masa de plata que ha dificultado las transacciones; el haberla reexportado después: el extender al Archipiélago así la crisis metálica que se siente en la Indo-China; el competir con las casas nacionales y aun con las extranjeras de antiguo en el país, en sus operaciones mercantiles, estableciendo el sistema de adelantos en vez del de *ventas de adición en día*. Añádase á esto que sus operaciones no se limitan ya á las bancarias, sino que hasta abren grandes almacenes, con lo que, en definitiva, suplantarán por completo á los industriales españoles.

Entiéndase, sin embargo, que no abogamos por una legislación restrictiva y excepcional para el extranjero, no; lo que pretendemos es que se exija á todos el cumplimiento estricto de la ley, á fin de evitar la depresión de nuestros compatriotas; con tanto mayor motivo, cuanto que el tratado vigente entre Inglaterra y España sobre sociedades y compañías anónimas establece textualmente que las de un país tendrán existencia y personalidad legal en el otro cuando hayan cumplido con todos los requisitos del derecho de ambos países.

La excepción privilegiada de los Bancos ingleses en Filipinas no tiene, como se ve, razón de ser.

Es preciso no olvidar tampoco, como hemos dicho antes, que para competir esos Bancos con las mismas casas extranjeras, de antiguo establecidas en el Archipiélago, han hecho anticipos sobre las cosechas á recoger, sistema pernicioso para el verdadero desarrollo de la agricultura y del comercio del país. Para esto es sabido que exigen del cosechero, sobre la entrega de la cosecha, la garantía de otros dos propietarios ó comerciantes, quienes firman con él los pagarés.

El producto principal de las islas de Panay y Negros, cuyas cosechas se exportan por Ilo-Ilo, es el azúcar; y como era de temer, dada la crisis azucarera universal, los Bancos ingleses se asegura que tienen ahora grandes intereses que realizar.

Para salvarlos acuden á hacer efectivas las fianzas; y como ha desaparecido el metálico del país, se han visto precisados á renovar las obligaciones con el crecido interés consiguiente.

Esto agrava lo indecible la situación de los cosecheros, quienes ven aumentadas sus deudas, y preven, naturalmente, que sus fincas vendrán á pasar á manos de sus acreedores *ingleses*, creando en la localidad una cuestión social de inmensa trascendencia, así para los habitantes de Filipinas como para España.

El resultado está próximo, y el gobierno debe prevenirlo con tiempo, evitando las deplorables consecuencias en los órdenes económico y político, que rápidamente se avecinan.

Con tales antecedentes, harto se comprende la importancia que tiene para Inglaterra el que el *Modus vivendi*, concertado para la Península, se haga extensivo á nuestro archipiélago.

Más de la mitad del comercio general de Filipinas se hace con el imperio británico; y aumentar estos vínculos de interés será asegurar en favor del Reino Unido el dominio mercantil de nuestras islas.

El prodigioso desarrollo comercial que hemos apuntado es un gran motor para continuar el camino de antiguo cautelosamente emprendido.

Las instituciones privilegiadas de hecho que han logrado establecer los ingleses, tienden á realizar tamaña empresa, aun contra el septir de sus directores.

El prestigio otorgado así á los extraños y el malestar que acarrea la crisis mercantil lastiman nuestro nombre.

El traspaso de la propiedad de una parte del territorio á manos inglesas, allí donde la población peninsular es reducida y formada en su mayoría de simples funcionarios, complicará las dificultades, y el olvido en que vemos las leyes, coronará nuestra ruina.

Recordamos las palabras textuales escritas por sir James Brooke, el alma, la inspiración de la política inglesa en los Archipiélagos.

Después de lamentar que se hubiesen devuelto á los holandeses sus posesiones de los Estrechos y de proponer que se solicite de Portugal la cesión á Inglaterra de la isla de Timor, se expresa en estos términos:

«Lo mismo se puede decir de Luzón ó de las Filipinas, que ningún beneficio *positivo* producen á España, y en manos inglesas servirían de palanca para dirigir la China y el Archipiélago á la vez. Ricas, fértiles, dotadas de un clima sano, á pocos días de Cantón y dominando el mar de China, serían la joya de más precio en la colonial tiara de Inglaterra. Cuando nuestras relaciones con aquel imperio lleguen á un arreglo, como muy pronto han de llegar (1), no habría otro punto de más importancia que Manila...»

Hoy es el día de tal adquisición; la pleamar de nuestros negocios; si aprovechamos la creciente, ella nos llevará á la fortuna. He dicho ya que en este punto sólo obrando en grande escala pueden obtenerse ventajas locales ó nacionales, é insisto ahora en que es mejor dejar el Archipiélago en su actual estado HASTA LA PRIMERA GUERRA GENERAL, en que ha de volver á nuestras manos, que dar ideas falsas, difíciles de desarraigar entre los indígenas, de la importancia de la nación inglesa, gastando nuestras fuerzas en establecimientos insignificantes!!!

.....

¡He ahí crudamente desenvuelta la política de Inglaterra y sus medios de acción!

Tenemos el imperioso deber de salvar nuestro derecho.

¿Cómo?

En principio, evitando que en lo sucesivo, la benevolencia, la tolerancia y la protección á los extraños, siga siendo privilegio antipatriótico.

El modo práctico... hélo aquí:

1.º Facilitar, en el mayor grado, la importación de los productos filipinos en España y las de los españoles en las islas, haciendo en primer término que los fletes de la Península á Filipinas y viceversa no sean mayores que los que existen para el comercio entre Inglaterra y el Archipiélago, aunque para ello se tenga que gravar el presupuesto de la Colonia.

2.º Dar seriamente facilidades para el establecimiento y arraigo en el Archipiélago de la inmigración peninsular.

3.º Proteger el establecimiento de mayor número de sociedades de crédito *nacionales* en Manila y las provincias, muy necesitadas hoy del auxilio de la capital; otorgando, á ese efecto y en caso necesario, los privilegios que las circunstancias mismas determinen.

(1) Según la prensa inglesa del día 27 de Mayo de 1885, acaba de firmarse el nuevo tratado sobre el opio, que pone término á las disidencias con el Celeste Imperio, y se indica la existencia de gestiones para una alianza Anglo-China.

4.º Exigir el cumplimiento riguroso del Código de comercio y demás disposiciones complementarias y supletorias vigentes en la Península, respecto del establecimiento comercial de individuos ó sociedades extranjeras; y velar con rigor por la *jurisdicción nacional*, exigiendo á todos el completo acatamiento del derecho patrio.

5.º Procurar siempre que los nombramientos de empleados para el servicio de Ultramar correspondan á la ilustración, la moralidad y la hidalguía de España.

Eso bastará para contener sin complicación de género alguno, el avance de la ya peligrosa y deprimente influencia británica.

A. P. M.

A.....

Hubo en el cielo un ángel más hermoso
que todos los demás;
y quiso Dios para endulzar la vida
dejárnoslo admirar.
Forma humana le dió y hoy cruza el mundo
irradiando su luz,
yo adoro con el alma sus encantos.....
ese ángel eres tú.

R. ORTÍZ Y BENEYTO

ASOCIACIÓN TAQUIGRÁFICA

Deseando dar á conocer los móviles que impulsan esta importante Asociación, vamos á reproducir la *Memoria y Discurso*, leídos en el acto solemne de la inauguración, por el secretario general de dicha Sociedad, el joven é ilustrado escritor D. Carlos Guaza y Gómez Talavera y por el vice-presidente D. Antonio Guerra y Alarcón, principal motor y organizador de tan importante como útil Asociación para los que se dedican al estudio del arte taquigráfico.

Hé aquí la bien escrita *Memoria de los actos y tareas de la Asociación*, redactada con sencillez y modestia suma por el Secretario, señor Guaza.

Señores: Como si cuanto se relaciona con el arte taquigráfico debiera llevar impreso el sello de la actividad y de la energía, el pensamiento de la creación de esta *Asociación* surgió en los últimos días del mes de Diciembre de 1883 al calor de la entusiasta juventud que se dedica al cultivo de este utilísimo arte, produciendo después de detenidos debates una bandera bajo la que pudieran agruparse todos los que á él se dedican ó pretendan dedicarse.

Cumulo, pues, en este solemne instante con el deber más grato y al mismo tiempo más difícil que mi cargo me impone, el de trazar la vida de esta Asociación durante el periodo que media desde Diciembre de 1883 al momento actual.

Esta gloriosa página de nuestra vida merecería seguramente que pluma más autorizada que la mía se ocupara en reseñar con elocuencia y fidelidad cuanto constituye la manifestación de nuestras aspiraciones.

Bien sé que no reúno las circunstancias apetecidas; sólo, pues, aspiro á cumplir lisa y llanamente con lo que el deber me impone, siendo sencillo narrador de cuantos trabajos ha realizado la Asociación cuya inauguración hoy celebramos.

La juventud taquigráfica ha querido, pues, asociarse para cumplir el más grande de los fines de las sociedades modernas, porque presentándose en todas partes unida y compacta, podrá conseguir algún día el que se consigne en las leyes cuanto tienda al prestigio, desarrollo y engrandecimiento del arte á cuyo estudio se dedica.

La valiosa cooperación de la juventud que sin esperanzas para el porvenir se dedica al estudio de la Taquigrafía y la de varios notabilísimos taquígrafos, campeones decididos de todo cuanto tienda al desarrollo de este arte en España, permitió que la idea de la fundación germinara potente y se abriera paso desde el primer instante.

En la reunión preparatoria celebrada el 16

de Diciembre de 1883, fijó nuestro dignísimo vicepresidente los límites de la idea clara y precisamente, según conviene á todo lo que al arte taquigráfico se refiere, y completada la obra con lo que allí se dijo y propuso, fué aprobado el reglamento y designada en el acto la junta directiva revestida de amplios poderes para realizar el fin que nos habíamos propuesto y aunar los elementos que conceptuara indispensables á su mayor y provechoso éxito.

He aquí los nombres de los individuos que formaron la primera junta directiva de la *Asociación Taquigráfica*: presidente, D. Guillermo Flórez de Pando; vicepresidente, D. Antonio Guerra y Alarcón; vocales: 1.º, D. Blandino García y Obispo; 2.º, D. Lorenzo Aparicio y Lillo; 3.º, D. Rafael Cervera Lahora, y 4.º, don Antonio Pérez de Vargas; tesorero, D. Enrique Guaza y Gómez-Talavera; secretario contador, D. Eugenio Redondo y Ochoa; secretario general, el que en estos momentos tiene el honor de dirigiros la palabra.

Si como creo y espero, la *Asociación Taquigráfica* ha de ser punto de partida para llegar á fines más altos, justísimo es que recordemos siempre, haciendo excepción de mi humilde personalidad, á quienes serán deudoras la juventud que al estudio de este arte se dedica de las medidas que, redundando en su provecho, eleven nuestra profesión á la altura que siempre debió ocupar, tanto por su gloriosa historia como por los merecimientos de los que á su cultivo se dedican.

Una vez constituida la asociación debidamente, dió comienzo á sus tareas verificando ejercicios prácticos todos los domingos, á los que concurrieron con gran asiduidad la mayor parte de sus individuos, y en los que por medio de ésta, que pudiéramos llamar *gimnasia taquigráfica*, consiguieron rápidos adelantos.

La junta directiva seguía, entre tanto, estudiando la manera de armonizar los intereses de sus asociados con el mayor prestigio del arte taquigráfico, para lo cual se dirigió á varios individuos influyentes en el Parlamento, con objeto de que por medio de su poderoso apoyo pudiera conseguirse, en día no lejano, fijar por medio de una ley lo que es el primordial objeto de nuestra Asociación.

Lástima grande es, señores, que cuando en todas las naciones de Europa se ha sabido comprender y apreciar la importancia de la taquigrafía y los inmensos beneficios que su posesión reporta á las clases todas de la sociedad; que cuando gobiernos y particulares procuran enaltecerla, protegerla y difundirla, por medio de su apoyo los primeros, y de la asociación los segundos, únicamente nuestra querida patria permanezca estacionaria arrastrando el arte taquigráfico en esa mísera existencia, sin recibir más vida que la que simples particulares, aislados, sin protección de nada ni de nadie, tratan de infundirle. Y tan cierto es esto que acabo de decir, que este arte, tan utilísimo y prodigioso, es casi desconocido y hasta desdeñado en España, en donde puede decirse que sólo en los Cuerpos Colegisladores tiene una práctica más constante y una protección más eficaz.

Para restablecer, dar prestigio, desarrollar y engrandecer el arte taquigráfico, trabajará nuestra Asociación con todo aquel entusiasmo propio de las agrupaciones que quieren en término no lejano llegar á la suspirada meta de sus aspiraciones y deseos. Ahora que es ya un hecho el establecimiento del juicio oral y público, se dirigirá nuestra modesta Asociación á aquellas personas que por su posición tanto en el gobierno como en el Parlamento, están obligados más directamente á prestarla su poderoso apoyo, á fin de conseguir que en los *presupuestos generales del Estado* se consigne cantidad suficiente para atender á los gastos que ocasionara el personal de taquígrafos que debería nombrarse para el servicio de las Audiencias de lo criminal, con objeto de que pudieran copiar íntegras, y publicarse después, las acusaciones, interrogatorios y defensas de las causas criminales que en aquellas se instruyan, contribuyendo por este medio la taquigrafía al mejor conocimiento de los magis-

trados, á la mayor ilustración de los tribunales y á la cumplida satisfacción de la vindicta pública.

¿Cómo fijar sin taquígrafos los incidentes de las vistas de que tal vez dependa alguna prueba decisiva, y que quizá sin el auxilio de este prodigioso arte puedan pasar desapercibidos ó perderse por la infidelidad de la memoria ó por otras causas?

En concepto, pues, de nuestra Asociación nada más fácil, nada más oportuno que crear un cuerpo de taquígrafos para que, como dijo el que fué ilustre profesor de esta enseñanza, el docto D. Francisco de Paula Madrazo, propagados merced á la taquigrafía los debates de los tribunales, derramen luz sobre los hechos más incomprensibles de la humanidad, llevando por doquiera la sonvicción de la equidad de sus fallos y aumentando, si es posible, la aureola de santidad que los esmalta y enaltece.

Tal es, señores, á grandes rasgos trazada, la modestísima historia de la *Asociación Taquigráfica* cuya solemne inauguración hoy aquí nos congrega. La idea es grande: es una idea del siglo XIX, idea de paz y concordia, pensamiento de reforma y progreso, fuente de prosperidad y aumento de bienestar social: hé aquí el lema que sustenta en su escudo la *Asociación Taquigráfica*.

Todos lo han comprendido así, y por eso desde el varón ilustre que, abandonando el elevado sitial que ocupa en los altos puestos la gobernación del Estado, se ha dignado aceptar nuestra presidencia honoraria, hasta el oscuro estudiante que concurre á las aulas á recibir la enseñanza del utilísimo invento de Martí, toda esa falange que entre esos dos polos se mueve, ha traído á la obra común con el concurso de su esfuerzo, el tributo de su entusiasmo y adhesión.

Ardua por demás es la empresa que hemos acometido, porque árdidas y difíciles de suyo son las cuestiones que entraña.

¡Acometámosla, pues, con valor y fe, y de este modo conseguiremos, en día no lejano, la gratitud y el aplauso de los que al cultivo del arte taquigráfico se dedican! He dicho.

Véase ahora el elocuentísimo discurso del vicepresidente de la *Asociación*, el eminente publicista Sr. Guerra y Alarcón:

Señores: Nadie menos autorizado que yo pudiera dirigiros la palabra en esta solemnidad, llamada por naturaleza á dejar en vuestras almas gratos recuerdos de los agradables momentos que os esperan aquí esta noche. Honra para mí, inesperada por inmerecida, logro, es verdad, en estos momentos de general regocijo, llevando la palabra de la junta directiva de esta *Asociación*; pero sé que voy á dejar en vuestro corazón un inmenso vacío, desluciendo con mis pobres conceptos la grandiosidad de esta sesión; y, ciertamente, no hubiera tomado á mi cargo tan ardua empresa si el respeto que debo siempre á los acuerdos de mis dignos compañeros y la dulce violencia del amor que, como todos vosotros, profeso al nobilísimo arte de trasladar al papel el fugaz pensamiento de los oradores, no hubieran rendido por entero mi albedrío.

Yo quisiera, por esto mismo, hacer un trabajo digno de los que declinaron sobre mí esta inmerecida é injustificada honra y digno también de todos vosotros, en cuyas frentes resplandece la brillante luz del talento y de la ilustración; yo quisiera, más que nunca esta noche, reunir condiciones literarias bastantes para poder presentar ante vuestra reconocida competencia un trabajo digno del trascendental acto que realizamos; yo quisiera que este pobre discurso estuviese saturado del entusiasmo que en mi alma siento, para conseguir de ese modo no ya una admiración ligera hacia la *Asociación* que hemos creado y cuya inauguración celebramos, sino el fuego de la verdadera pasión, ardiente, poderoso, imperecedero.

Pero ¡ay! que el deseo más vivo y mejor encaminado no basta á suplir la esterilidad de mi humilde ingenio, ni á lograr el lucimiento que este caso requiere y que cualquiera de mis compañeros hubiera sin duda cumplida-

mente alcanzado, respondiendo á lo que reclaman los timbres y el buen nombre de la *Asociación Taquigráfica*... Grande es el objeto que aquí nos reúne; grande la idea que dió impulso á la creación de esta sociedad; grande vuestra ilustración; pues bien, para que aquí todo sea grande, cubrid con el suntuoso manto de la benevolencia al que no es otra cosa que un imperceptible grano de arena perdido en las inmensidades del Océano literario.

La solemnidad de esta noche será una de las páginas más brillantes de la historia de nuestra modesta *Asociación*. Porque esta página está consagrada á enaltecer la profesión taquigráfica realizando dos grandes conquistas: una gran conquista en la opinión, y la conquista de una organización seria y vigorosa.

El siglo XIX, que tantos prodigios ha realizado y tantas preocupaciones ha destruído, tiene el deber de enaltecer al taquígrafo como se merece, abriendo extensos horizontes al arte á que se dedica, y otra cosa no puede acontecer cuando toda la civilización contemporánea, encarnación perfecta de la vida moderna, está basada en el respeto, en la consideración, en el amor, en una especie de idolatría hacia aquellos hombres oscuros, denodados, que saben llevar con honra, con provecho y con orgullo el nobilísimo dictado de hijos del trabajo.

Uno de los dones más preciosos que Dios concedió al hombre fué el uso admirable de la palabra para expresar sus pensamientos y comunicarse con sus semejantes, porque criado fué para vivir en sociedad. Pronto se sintió la necesidad de hacer permanente la expresión de los conceptos, procurando así la conservación invariable de la palabra por un medio más exacto y más seguro que la tradición, que puede considerarse como el medio intuitivo de conservar las ideas expresadas por las generaciones pasadas.

De esta necesidad surgió la sorprendente invención de la escritura, elemento casi tan necesario á la sociedad como la palabra misma, y que en remota antigüedad alcanzó ya completo desarrollo.

La escritura, ese arte utilísimo de pintar la palabra dándole color y cuerpo; ese maravilloso elemento que perpetúa el fugaz sonido de la voz, y hace que los siglos de Moisés, César y Carlo Magno se comuniquen con los siglos posteriores; este arte universal, por el cual el sabio, desde el rincón de su aposento, asombra al mundo con la profundidad de sus pensamientos y la sublimidad de sus concepciones; ese arte peregrino, que en muchas ocasiones hace que la mano sea más elocuente y arrebatadora que la voz; ese arte nobilísimo, que comunica su virtud locuaz á las cortezas de los árboles, á las pieles de las bestias, á los filamentos de las plantas y hasta á las piedras y metales, ese arte ingenioso, depositario y órgano de la ciencia universal y sin cuyo auxilio serían imposibles la ciencia y la historia, es sin disputa la invención más prodigiosa que nos legó la antigüedad y su más portentoso descubrimiento.

..

Su origen es tan remoto y tal la confusión y oscuridad que envuelve, que con los datos que los tiempos nos han transmitido es imposible fijar de un modo determinado y concreto la época en que apareció este invento, y el desarrollo progresivo que ha obtenido hasta producir las maravillas caligráficas que hoy conocemos.

Muchas son las opiniones de los sabios y las tradiciones y fábulas de los pueblos primitivos sobre el origen de la escritura, pues la notabilidad de este invento llegó á preocupar de tal modo á los antiguos, que cada cual le suponía invención de su divinidad.

Grandes y muy frecuentes han sido las vicisitudes porque ha atravesado en los distintos períodos históricos el ejercicio de la escritura, y la estimación que se ha hecho del trabajo

de amanuense, ya considerándole como noble ocupación, ya menospreciándole como indigno de las elevadas clases sociales. Entre los hebreos los intérpretes de la *Sagrada Escritura* eran los que hacían de copistas y trascibían los ejemplares de los escritos.

En Italia, hacia el tiempo de la fundación de Roma, no tuvo la escritura excelencia ninguna, á causa del espíritu guerrero y conquistador que dominaba en aquel pueblo. Sus caracteres, sin embargo, aunque con lentitud, fueron adquiriendo bastante desarrollo.

En tiempos posteriores fué considerada como ocupación propia de los esclavos (1), á quienes confiaban la copia de libros y documentos, lo mismo que el miniarlos, cubrirlos y prepararlos. Estos esclavos eran muy considerados y apreciados, hasta punto el que, según Séneca, un tal Calvisius poseía once esclavos que eran excelentes copistas y que le costaron 100.000 sextercios (100.000 reales próximamente). Como esto se hacía á mano, dió lugar á incorrecciones, errores inevitables y tergiversaciones caprichosas; de manera que el que deseaba poseer una copia íntegra y textual, en vez de confiarla á los esclavos y copistas, lo hacían con su propia mano, según lo practicaron algunos literatos y gramáticos.

Los romanos fueron también los inventores del sistema llamado de *siglas ó singulas*, y que se reducía á usar la primera letra de cada voz, como se observa hoy en las infinitas inscripciones y medallas romanas en que no se usan más que las iniciales, por lo cual su interpretación es muy diversa, haciendo difícil el conocimiento de su verdadero texto y sentido.

Este sistema fué establecido por los funcionarios públicos, los cuales, por ganar tiempo y conseguir brevedad en sus trabajos, convinieron en usar abreviaturas para los nombres, apellidos, decretos públicos y ciertas fórmulas legales, cuyo uso y significación les era común. Pero á estas *siglas ó abreviaturas* públicas se juntaron tantas otras inventadas por el capricho de los eruditos y estudiosos, que produjeron una verdadera confusión, dando por resultado que el emperador Justiniano prohibiera su uso en los actos judiciales y en la compilación de las leyes.

De este sistema de *siglas* nació la taquigrafía, esto es, el arte de escribir tan pronto como se habla, por medio de signos ó señales de facilísima ejecución, cuyo significado era de gran valor. Carlecas, en el tom. II de su *Ensayo sobre la historia de las bellas artes*, nos dice que se inventó en el siglo de Augusto.

Acercas de su inventor hay opiniones. Plutarco dice que la inventó Cicerón (2) en la época de la conspiración de Catilina.

(Se continuará).

REVISTA DE MADRID

LAS AMERICAS

¿Cómo fué? La gente no lo sabe, no se lo ha explicado todavía ni se lo explicará jamás, porque hay cosas que, por su misma pequeñez, no tienen explicación. Sólo se sabe que brilló una llama, ligera en un principio, grande luego, imponente poco después; que una columna de humo denso se extendió á poco levantando al cielo una masa negruzca, y que en el mismo instante se oyeron gritos y lamentaciones, hombres y mujeres echaron á correr, se abrieron balcones y ventanas, y las torres de todas las iglesias de Madrid lanzaron ese triste clamoreo que anuncia una gran desdicha. Las Américas estaban ardiendo. El fuego prendía fácilmente en aquellos grandes hacimientos de materias combustibles: maderas secas y medio podridas, trapos, papeles. Arroyos de fuego corrían por todas partes como por las faldas de un volcán en erupción. Corrió el fuego á la imprenta de Minuesa y empezaron á desplomarse techumbres, á hundirse suelos, á desprenderse vigas inflamadas sobre las cuales cabalgaban la muerte y el terror.

(1) En comprobación de esto recordamos á Esopo, que dedicado al oficio de amanuense, adquirió con su estudio y aplicación los conocimientos que le valieron un puesto en la república de las letras.

(2) Cicerón nació el 3 de Enero, 674 de Roma, según nos dice él mismo en su *Epist. ad Alit.* 7, 5 et 13, 42 III *nonas Jan. notali meo*; esto es, ciento siete años antes de la venida de Cristo, y el mismo año en que nació Pompeyo.

Fuera del círculo abrasado que formaba el incendio, agolpábanse en otros círculos concéntricos los encargados de extinguirle delante, las autoridades detrás, el pueblo más lejos, contenido á duras penas por la fuerza pública. A los crujidos de la madera, á los disparos de las capsulas, al rechinar de las máquinas que se hundían por los boquetes que abrían en el suelo los desprendimientos del piso, uníanse en concierto aterrador las quejas de las víctimas que en un momento veían desaparecer sin dejar rastro las esperanzas de su porvenir, el resultado de toda una vida de privaciones y miserias, la pequeña base sobre la cual creían asentada la fortuna. Todo, todo se acababa, todo moría traidoramente consumido por la llama indiferente á tanto duelo, hambrienta de devorar cuanto el azar la ponía por delante. El hierro, el plomo, se fundían; la madera quedaba convertida en negros carbonos que al tocarlos después se hacían polvo; los vestidos, las ropas, las esteras eran sólo montones de ceniza caliente que el viento, soplando con violencia, llevaba de un lado para otro...

Dentro de aquella inmensa hoguera, semejantes á esas figuras de condenados que en las viejas estampas del infierno cristiano aparecen saltando entre las llamas, pasaban y repasaban las negras siluetas de esos héroes desconocidos que sostienen con el voraz elemento la más desigual, y al mismo tiempo la más reñida de las luchas. Como era natural que sucediese tratándose de esta España tan desdichada y tan famosa en que nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena, sin que antes ni después de la tronada se tenga la adivinación ni el recuerdo de ella, en aquel barrio tan populoso, residencia obligada de esa industria que, por su misma naturaleza ofrecía tanto peligro á incendiarse, en aquella parte de Madrid tan alejada del centro no había agua ninguna. Pasó mucho tiempo antes que las bombas pudieran funcionar. Cuando llegó el agua era imposible dominar el fuego que reinaba como señor en su dominio, y la batalla estaba perdida, mejor dicho, no se podía empeñar.

Los bomberos, sin embargo, no se desanimaban. En vista de que no podían atajar el incendio trataron desde el primer momento de salvar cuanto pudiera ser salvado. Y se les veía correr de un lado á otro arrastrando muebles, resmas de papel, objetos valiosos ó inútiles, exponiendo su vida en cumplimiento de un sacratísimo deber.

Muchas horas después, al otro día, apagóse el incendio, falta de materias que devorar. Una tras otra se extinguieron aquellas llamaradas que poco antes parecían querer destruirlo todo; perdiéronse en el aire las últimas humaredas; se retiraron las autoridades, las bombas, los curiosos, y sólo quedaron allí, registrando ávidamente las ruinas, removiendo los escombros, las pobres víctimas del incendio, propietarios la vispera, mendigos ahora. De toda aquella industria que crecía floreciente casi á orillas del Manzanares, no quedaba más que su recuerdo y el lugar en que poco antes se desarrollaba.

El que no haya visitado en época normal aquellos sitios, no puede formarse idea de lo que era ese extraño bazar que todo el mundo llamaba las Américas, por más que este nombre lo llevan también otros dos más elevados en el nivel de las transacciones mercantiles. Es preciso haber recorrido uno por uno los puestecillos innumerables, haber registrado uno por uno también los objetos que contenían, haber hecho un poderoso esfuerzo intelectual para reducir á un todo homogéneo aquellos objetos de tan distinta especie que rara vez y sólo por casualidad llegaban á encontrarse dos afines ó siquiera parecidos. Era aquello el vasto sumidero de Madrid, á donde iba á parar, todo revuelto, lo que se roba, lo que se pierde, lo que se rompe, lo que se tira ya inservible, lo que se desecha todavía en estado de servicio. Inmenso mar sin fondo al que corrían á perderse diversos ríos engrosados en su curso por innumerables arroyos que de todas partes venían á traerles su caudal escaso ó abundante, turbio ó cristalino. Había allí prendas y objetos que pertenecieron á príncipes, prendas y objetos arrancadas al hogar ó á los hombros del mendigo. El palacio y la boardilla daban por igual su contribución, acudían con su regalo valiosísimo y con su óbolo modesto. En ninguna parte como allí podía hallarse demostrada la afirmación científica, según la cual nada se pierde en la naturaleza, nada muere, todo cambia, se modifica, se transforma; pero todo persiste, todo vive. Aquel hacinamiento de cosas confundidas unas con otras exigían un genio más poderoso que el de Ovidio para que cantase sus extraordinarias metamorfosis, más curiosas mil veces que las metamorfosis de ninfas, sátiros, hombres y animales en ríos, árboles, plantas, flores, abismos y cordilleras.

Como el mar, de quien podía ser imagen, pues en su seno bogaban restos de muchos naufragios, pedazos de muchos buques, despojos de muchas personas, el mundo nuevo, tenía también su flujo y reflujo; los objetos de su comercio pasaban por él muchas veces sin detenerse más tiempo que el preciso para efectuar su prodigiosa

trasmutación. Tal sillera, expulsada por deslucida de la antesala de un palacio, iba á adornar el estrado de una familia de la clase media; tal lámpara que alumbró las noches tormentosas de una cortesana, que dió su luz á escándalos sin nombre, á orgías sin término, pasaba luego desportillada á esparcir su tenue claridad sobre una mesa de labor en torno á la cual cosían jóvenes modestas ó estudiaban adolescentes virtuosos. Coger cualquiera de aquellos objetos, reconstruir su historia á ser posible, asistir á su construcción en el taller, seguirle paso á paso en todas las etapas de su carrera, presenciar su elevación, su decadencia, visitando los lugares y sitios en que entró antes de llegar al montón en que ahora descansaba como la hoja seca barrida por el viento que tendida á lo largo de los caminos aguarda humildemente el soplo que de nuevo ha de elevarla y arrastrar la en giros infinitos, sería darse un espectáculo curioso más curioso, y entretenido que un cuento de las *Mil y una noches*.

Considerados aisladamente los artículos en venta, seguramente que su importe era casi siempre insignificante y nulo: pero sumados unos y otros, llegaban á constituir una fortuna. Puebecillo había que representaba más de ocho mil duros. Y es que aquello era la suma por la cantidad, ya que no por la calidad de los sumandos; tal como esos animalillos diminutos de cuerpos impalpables, que se resisten á la vista cuando ésta no pide auxilio al microscopio, y que, sin embargo, pegados, adheridos fuertemente entre sí, llegan á constituir montañas en las llanuras, islas en los mares, barreras insuperables que detienen la marcha de un tren á todo vapor ó cubren inmensas extensiones de terreno. Era el capital que tenía por base, el ochavo; por medio de formación, el maravedí; por interés, el perro chico. Representación del número que se genera en la unidad, crece sumado consigo mismo, crece más, más todavía, y hallando estrecho todo límite, traspasa la frontera

de lo finito para entrar en lo ilimitado, en lo impalpable en lo que no se puede asir.

Como toda institución, aquella inmensa prendería tenía también sus adoradores constantes, sus parroquianos de toda la vida, que allí fueron de niños, y allí iban de hombres y allí hubieran ido ancianos, presas siempre del ansia, del deseo, de la nostalgia de comprar, cuando no lo útil, lo inútil; cuando no lo necesario, lo superfluo. Eran buscadores de gangas, á quienes todos los cuadros se les antojaban obras de grandes maestros; todos los cacharros rotos, muestras preciosas de la alfarería primitiva, todos los muebles rotos y desvencijados, antigüedades de valor, susceptibles de obtener alto precio en el mercado. Había también quien acudía allí atraído por la costumbre; mujeres hacendosas que hacían ostentación de sus aficiones económicas; gente de poco dinero que buscaba desperdicios de que sacar algún provecho. Para todos estos el incendio del otro día es una verdadera desgracia. ¿Dónde irán ahora los domingos por la mañana, adquirida ya la costumbre de madrugar, ir á la calle de Toledo, pasar por el Rastro y los bazares sin mirarlos, considerándolos como comercios pretenciosos, y bajar luego á las Américas, donde se hallaban como en su elemento? ¿Quién sabe las riquezas que juzgarán perdidas, los reproches que se harán los que por falta de dinero ó sobre de prudencia, tal vez por simple cuestión de amor propio, dejaron en tratos y medio ajustada cualquier cosa el domingo antes del incendio, aplazando su compra para el siguiente!

Cuando llegó este otro domingo, seguramente que todos saltaron de la cama; pero cuando se disponían á vestirse, despejados ya sus sentidos, se acordarían del desastre, y los más de ellos se volverían á acostar.

Algunos, los más viejos, llorarían. Porque el corazón es así, se une á las cosas, cuando no á los seres; las personifica, las da vida, alma, y nece-

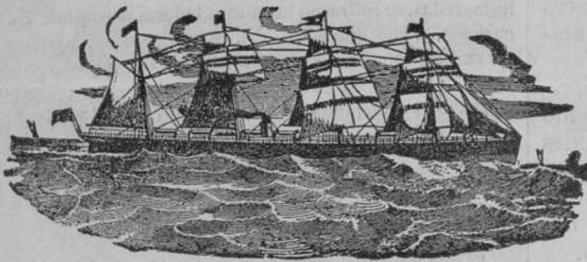
sita su calor, como necesita la presencia de los suyos y el fuego del hogar. Tal es el hombre.

¡Duerma en paz el viejo mercado, uno de los restos más característicos que el antiguo Madrid había dejado al Madrid moderno! Su desaparición marca el carácter de esta época, que reniega de su pasado y parece avergonzarse de sus primeros pasos. Esas tiendas lujosas que el arte decora, adornadas con mármoles y espejos, resplandecientes de luz, están muy lejos de aquellas casuchas mal olientes en que nuestros antepasados vendían sus géneros, más baratos, pero con menos *fantasía*, como dicen las chulas de mi pueblo. El antiguo Madrid desaparece, se borra poco á poco de la memoria de sus hijos; se va con sus viejas tradiciones, con sus gastados ideales. La vida se aleja de los sitios que antes frecuentara, abandona las orillas del Manzanares y se extiende, como buscando aire más puro, por los campos que antes eran páramos desiertos ó montecillos incultos y hoy son barrios populosos, respiraderos de la gran ciudad. En el incendio del otro día, el fuego es elemento de progreso, cumple la misión civilizadora de que aparece encargado en el principio de todas las sociedades. Destruye lo viejo, y purifica el viento de sus emanaciones. En esta época de epidemia, cuando los microbios flotan en torno nuestro buscando un medio á propósito para desarrollarse é infestar la población, muchas de las materias consumidas en las Américas podían ser abrigo de la enfermedad. En este caso, preciso será reconocer que la casualidad nos ha servido, interesada inconscientemente en la conservación de nuestra salud. El fuego ha hecho lo que nunca hubiéramos hecho nosotros. Compadezcamos á las víctimas y bendigamos al incendio.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO
á cargo de B. Lanchares, Salesas, 2, duplicado.

ANUNCIOS



SERVICIOS
DE LA
COMPAÑIA TRASATLANTICA
DE BARCELONA
VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA
con escala y extensión á las Palmas,
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.
Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE JUNIO

El 30, de Cádiz Antonio Lopez.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en
Port-Said, Aden y Singapur, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1°, fíjamente de cada mes.
El vapor *Santo Domingo* saldrá de Barcelona el 1° de Julio

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.
Para más informes en

Barcelona: La Compañía Trasatlántica, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la Compañía Trasatlántica.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la Compañía general de vapores.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le ha favorecido.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen.

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.
Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las Oficinas facultativas de La Reforma Agrícola, Serrano, 48, principal.—Madrid.

BIBLIOTECA FOLK-LORICA

A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES
SEVILLA Rvn.

1° Biblioteca de las tradiciones populares españolas, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de caentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.
Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

GERMINAL

HIJA LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE
E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de El Cosmos editorial, Montera, 21

DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO
DE EXTREMENOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13